

La Esfera

Año II * Núm. 95

Precio: 50 cénts



VÍA PRADES

LECTURA, cuadro de Vía Prades

LECTURAS RECOMENDADAS

BIBLIOTECA UNIVERSAL

COLECCIÓN SELECTA de los mejores autores
- antiguos y modernos -

TOMO 0,50 PESETAS

PEDIDOS A SUCESESORES DE HERNANDO, CALLE ARENAL, NÚM. 11, MADRID

BIBLIOTECA CLÁSICA

La mejor colección de CLÁSICOS griegos, latinos, españoles, ingleses, alemanes, italianos, franceses.

TOMO 3 PESETAS

LEYENDAS DE ZORRILLA

Esta obra, sin rival por su magnificencia, premiada con medalla de oro en la Exposición de Industrias Madrileñas en 1907, y con el Gran Premio de Honor (la más alta recompensa) en la de Buenos Aires de 1910, consta de dos grandes volúmenes con doscientas veinticuatro láminas en negro y en color, originales de los insignes y laureados señores Ferrant, Jiménez Aranda, Pla, Sala, Simonet, Sorolla, Unceta, Vierge y Mélida, y comprende las ocho primeras que escribió el excelso poeta.

Su encuadernación, verdaderamente fastuosa, color corinto, con medallón en relieve imitando marfil viejo y letras de oro, hacen de dicha obra la más idónea para regalos y premios, siendo el precio de cada ejemplar

CIEN PESETAS

Con encuadernación más sencilla, aunque no menos elegante

OCHENTA PESETAS

Para facilitar su adquisición se admite el pago en plazos mensuales de veinte y quince ⁽¹⁾ respectivamente, entregando la obra completa al firmar la póliza de compromiso y satisfacer el primero.

En los pedidos de provincias se aumentará pesetas 3,50 de porte por correo certificado.

Editor: Manuel P. Delgado

Los pedidos que nos dirijan nuestros suscriptores y correspondientes, beneficiarán un considerable descuento.

(1) El último de cinco pesetas.

DEL AMOR, DEL DOLOR Y DEL MISTERIO

LIBRO DE POESIAS

ORIGINALES DE

EMILIO CARRÉRE

PRECIO: 4 PESETAS

De venta en todas las buenas librerías, en la de la Viuda de PUEYO, Abada, 11, y en esta Administración

Los Seres Vivos de la Creación

Grandiosa Historia Popular Natural, escrita por los más amenos vulgarizadores de las Ciencias Naturales é ilustrada con 2.600 fotografías y profusión de láminas en colores. Consta de 81 cuadernos en folio menor divididos en cuatro tomos

Tomo primero: RAZAS HUMANAS. Descripción de todas las que pueblan el globo.—Tomo segundo y tercero: ANIMALES DEL PLANETA. Descripción de todos los animales salvajes y domésticos que existen.—Tomo cuarto y último. LA VIDA ANIMAL. Descripción de animales, de sus relaciones con el reino vegetal. de la utilidad y ventajas que reportan é interesantes anécdotas sobre los mismos.

PRECIO: En rústica, 45 pesetas; encuadernada, 65.

LA GUERRA Los Misterios del Espionaje por Fernando Mota

Obra ilustrada con más de 70 grabados, retratos, mapas, planos, fórmulas, secretos, signos misteriosos, alfabetos extraños, aventuras inverosímiles, casos raros de espionaje, etc., etc.

Precio: 3,50 pesetas

En todas las buenas librerías y en la de D. Angel San Martín, Puerta del Sol, 6, Madrid.

CRÓNICAS ALEGRES DE LUIS TABOADA

Recopilación de sus artículos
festivos y humorísticos

DOS TOMOS ESMERADAMENTE IMPRESOS
CADA UNO DOS PESETAS

Pedidos a «Prensa Gráfica», Hermosilla, 57,
o a D. Angel San Martín, Puerta del Sol, 6.

El Libro de Horas

NOVELA ESCRITA PARA AVISO
DE INCAUTOS Y CONFIAOS

POR

DIEGO SAN JOSÉ

Precio: 3,50 ptas. en rústica

Pedidos a «Renacimiento»,
San Marcos, 42.—MADRID

PRÓXIMO A PUBLICARSE

ESTE ES EL MAL DE QUE AGONIZA ESPAÑA...

por DIONISIO PEREZ

Un tomo, de más 200 páginas, 2,50 pesetas.

En todas las buenas librerías, en la de D. Angel de San Martín y en esta Administración, Hermosilla, 57.

GRAN ÉXITO DE LIBRERÍA

Próximamente aparecerá la segunda edición del interesantísimo libro

DOMADORES DEL ÉXITO

Confesiones de su vida y de su obra, transcritas y aderezadas con murmuraciones indiscretas é irrespetuosas por Enrique González Fiol (El Bachiller Corchuelo). 368 páginas.—Más de 150 hermosos fotograbados, algunos á doble página. Cubierta á CINCO tintas.—PRECIO DEL EJEMPLAR: CUATRO PTAS. Pedidos á «PRENSA GRÁFICA» Hermosilla, 57, ó á la librería de San Martín, Puerta del Sol, 6.

Misterios de la Policía y del Crimen

POR EL MAYOR GRIFFITHS
Inspector de las Prisiones inglesas

Un tomo en 4.º mayor, de más de 600 páginas, con profusión de ilustraciones, 5 ptas. — Pedidos á «Prensa Gráfica», Hermosilla, 57, y á la Librería de San Martín

La Esfera

Año II.—Núm. 95

23 de Octubre de 1915

ILUSTRACIÓN MUNDIAL



M. TEÓFILO DELCASSÉ

DISEÑO DE GAMONAL

Ministro de Negocios Extranjeros de Francia, que ha dimitido recientemente

DE LA VIDA QUE PASA LAS HIPÓTESIS

La guerra y el feminismo



Señoritas alemanas pertenecientes á la Cruz Roja inglesa

La hora del feminismo está próxima. ¿Hora decisiva? No puede afirmarse. Los hechos históricos no son simples. Obedecen á una red complicada de causas invisibles para el espectador inmediato. Al decir que la hora del feminismo está próxima, quiero expresar que la guerra ha creado circunstancias excepcionalmente favorables para que triunfen las reivindicaciones de la mujer, cuando tras las convulsiones de la lucha, las sociedades de Europa se reconstituyan.

En la mente de los Emperadores y los Jefes de las naciones, de los Estados Mayores, de los políticos, que han desencadenado ó afrontado la guerra, no estaba, sin duda, que ésta condujese á variar la condición social y política de la mujer. Todos estos elementos directores esperan probablemente que la guerra producirá cambios en las fronteras y en las agrupaciones de pueblos, en la relación de su poder, en el desarrollo de su comercio y riqueza, en su influencia en el mundo, pero no creen, ni mucho menos desean, que vaya seguida de profundas revoluciones en la organización de las sociedades. Pero á medida que el conflicto se extiende y se prolonga se ve más claro que esta guerra no va á ser un paréntesis, tras el cual continuará la vida igual que antes, ni tampoco el más colosal episodio de las luchas por la hegemonía, sino que está alumbrando una nueva edad, entre el dolor y la sangre.

ooo

Las causas que han de dar al problema femenino la agudeza de una cuestión eminentemente actual, imperiosa y apremiante, están contenidas en tres ó cuatro grandes hechos: sustitución del hombre por la mujer en multitud de ocupaciones y trabajos de la vida civil, durante la guerra; disminución del número de hombres; crisis económica subsiguiente á la guerra; crisis de las ideas, que parece inevitable cuando pase: la calentura y la necesidad, las dos empresas ó emblemas de la exaltación patriótica presente, que no permite pensar, que es la hora tumultuosa é inconsciente de la acción.

La mujer, aunque no esté en las trincheras, ni derrame su sangre en los campos de batalla, más que como enfermera, ha tomado también parte en la guerra, una parte grande, pesada, heroica, aunque de un heroísmo opaco y silencioso, lejano del trom-

peteo de la gloria. La mujer trabaja en las fábricas de municiones, en los campos; en multitud de industrias llena los huecos que han dejado los reclutas que partieron hacia los campos de matanza; muchas ramas de los servicios públicos están á su cargo. Y sobre todo esto, la mujer ha ayudado maravillosamente á sostener el espíritu público. En estas sociedades modernas, que una crítica superficial pintaba debilitadas por la molición, hemos visto reproducirse en cientos de miles de ejemplares la efigie antigua de la madre de los Gracos.

¿Qué se hará con estas mujeres el día de la paz? ¿Se las hará dejar los empleos, los talleres, los campos? ¿Se las dirá sencillamente: «idos, ya no hacéis falta»? Muchas no tendrán hogar; habrán muerto los esposos, los padres, los hermanos, los hombres que las sostenían. «¡idos, aceptad como porvenir y recompensa un socorro del Estado, que tendrá que ser mínimo porque los muertos y los inválidos son muchos!» Aun suponiendo que el sentido moral de las naciones no se rebelase contra esta solución seca y egoísta, faltaría que las mujeres consintiesen. Europa se poblaría de sufragistas, dispuestas á todo, al *sabotage*, á la bomba, acaso á la huelga de *Lysistrata*. Ya hemos visto de lo que eran capaces, sin tanto motivo, las sufragistas inglesas. Y si las mujeres continuaban en los puestos que las abrió la guerra, asimiladas prác-

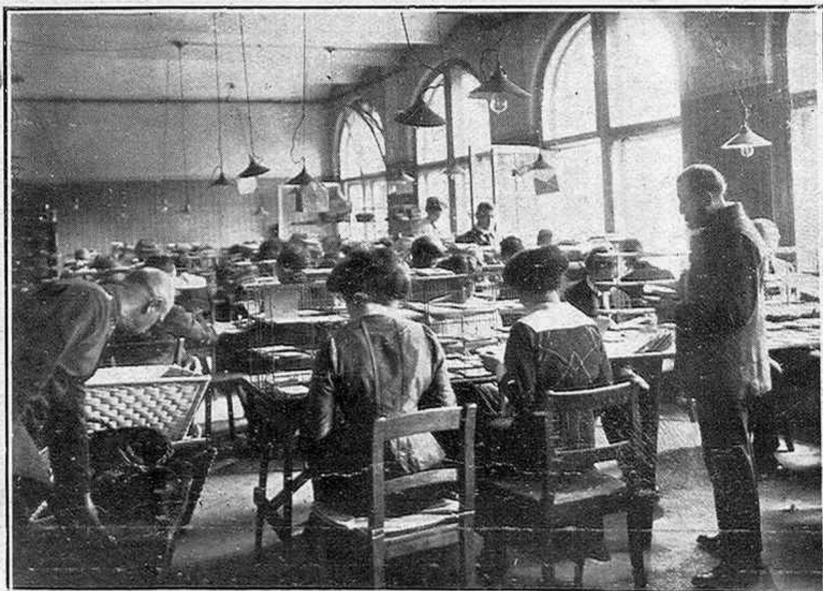
ticamente al hombre en el desempeño de las profesiones, ese aumento de funciones sociales ¿no avivaría necesariamente la protesta contra su inferioridad civil y política, contra su condición de «sexus sequior, de alieni juris»?

La disminución de hombres en una guerra en que las bajas se cuentan por millones no es un mero matiz demográfico, un tanto por ciento insignificante. Sus efectos en la cuestión femenina serán: aumentar la proporción de capacidades en la mujer, á la par que la fuerza social inherente al número y al propio tiempo agravar extraordinariamente la crisis del matrimonio. Menos hombres, menos matrimonios, menos hogares legítimos ó ilegítimos, menos probabilidades para la mujer de hallar un brazo que la sostenga en la vida, mayor necesidad de valerse á sí misma, mayor apremio de alcanzar una igualdad de derechos que la facilite la competencia.

La crisis económica que parece inevitable á consecuencia de los estragos inmensos de la guerra, comparables en las regiones asoladas por ella á los de una conmoción geológica y también de la dilapidación de los patrimonios nacionales, al aumentar la dureza de la competencia por la vida, será otro estímulo para que la mujer pretenda las armas de la igualdad de derechos, de la plena ciudadanía.

Causa menos visible, más oscura, más opinable es la agitación, la sacudida en las ideas que parece ha de producir la guerra. El sentido crítico que ahora está en suspenso, la sensibilidad ahora inhibida ante los austeros deberes del momento, no podrán menos de experimentar una conmoción profunda ante un fenómeno tal como esta guerra, cuando con ella termine la tregua que ha impuesto á los espíritus. Habrá una revisión general de valores, un juicio de responsabilidades. Las iniquidades sociales, las desigualdades, aparecerán con mayor resalte. La voz de la mujer, que no ha sido responsable de la guerra, tendrá mayores probabilidades que nunca de ser oída con atención, con respeto.

Pero, ¿querrán las mujeres emanciparse? El movimiento feminista no ha sido hasta ahora un movimiento general de opinión de la mujer. De serlo hubiera triunfado. Pero no olvidemos que las revoluciones las hacen las minorías cuando las circunstancias son propicias y que las condiciones nuevas de Europa, después de la guerra, pueden obligar á las mujeres á querer, si no por espíritu de independencia, por hambre, por la aspereza de la vida, por la falta del brazo protector y dominador á la vez que antes las sostenía.



Señoritas alemanas ocupadas en la distribución de la correspondencia

E. GÓMEZ DE BAQUERO

POR LA MÚSICA ESPAÑOLA
PROYECTOS DEL PIANISTA STEFANIAI

MADRID va a contar pronto con un magnífico Palacio de la Música debido a la feliz iniciativa, al tesón y el entusiasmo con que ha tomado esta nobilísima idea el gran pianista húngaro Emeric Stefaniai.

Hace tiempo que entre los aficionados y en los círculos musicales se hablaba de los proyectos de Stefaniai; para saber qué había de cierto en este asunto de tanto interés para la música española, visité al joven pianista; todo bondad, satisfizo mi curiosidad.

A Emeric Stefaniai no es preciso presentarle a los lectores de LA ESFERA, porque su nombre es popularísimo en Madrid. La crítica y el público han elogiado su arte serio como pianista de mérito en los conciertos de la Comedia y del Real la temporada pasada.

Stefaniai es húngaro, discípulo de Busoni. Muy joven ganó el premio internacional Mendelssohn en la Academia real de Berlín (al que concurren pianistas, cantantes, violinistas y violoncelistas de todos los países), consagrando su nombre. El duque de Hessen protegió mucho al joven artista viendo en él un pianista de excepcionales aptitudes.

Ha tocado en las principales poblaciones de Europa y en algunas de América; posee condecoraciones alemanas, húngaras, rumanas y de otros países.

En España ha dado conciertos, siempre con éxito, en Valencia, Barcelona, Zaragoza y otras capitales.

Su entusiasmo más ferviente le tiene en la dirección de la orquesta. También es compositor, autor de un vals impromptu, de tres estudios y de una colección de piezas líricas, últimas composiciones para piano, todas interesantes.

Por Albéniz y Granados tiene verdadera adoración, extrañándose de que los músicos españoles no toquen con más frecuencia obras de estos compositores. Albéniz, además de su «Iberia», tiene interesantes composiciones de su primera época que no se tocan apenas, y Granados, artista extraordinario de finísimo instinto—dice—, escribe primorosamente sus «Danzas españolas», y sus célebres «Goyescas» son obras bellísimas.

No comprende cómo algunos compositores españoles, teniendo una música popular tan variada y rica para escribir obras originales y características, se dedican a imitar unos a los alemanes, otros a los franceses.

La circunstancia de haberse casado en Budapest, su país

natal, con una hija del ilustre Benlliure (a quien conoció en Berlín estudiando el canto con la Bellincioni, y de cuyo matrimonio tiene un maridito, como dice Stefaniai muy satisfecho), fué la causa principal de que viniera a España, donde le ha sorprendido la vida musical, muy superior a la de Francia, Bélgica, Inglaterra y otras naciones por el número de sociedades filarmónicas, por las que pasan los mejores artistas extranjeros y nacionales.

La falta de una gran sala de conciertos en Madrid le sugirió a Stefaniai la idea de sus magnos proyectos, que serán una realidad muy pronto. Se construirá en los solares de la calle de Montalbán y costará dos millones de pesetas próximamente. Los planos, del arquitecto señor Palacios, están en manos del rey, entusiasta de esta idea y primer accionista de la Sociedad. El Palacio Real de Música, que así se llamará el nuevo edificio, se compondrá de una amplia sala capaz para cuatro mil personas, en la que se celebrarán conciertos sinfónicos, conciertos de ór-

gano y con coros. Otra sala más pequeña, para unas seiscientas personas, dedicada a la música de cámara, solistas, cuartetos, etc.

Además habrá una Academia de maestros con objeto de que los jóvenes españoles no tengan que ir pensionados a París y a Berlín. A esta Academia vendrán todos los años músicos de reputación europea en las diferentes especialidades. Cree Stefaniai que hasta de América vendrán muchos artistas a perfeccionar sus estudios a nuestro futuro Palacio Real de Música, en el que se celebrarán conciertos populares y habrá una orquesta real permanente con pensiones para la vejez y una exposición permanente de pianos de las mejores marcas del mundo.

Diez meses lleva Stefaniai planeando sus proyectos. La familia real ha patrocinado esta nobilísima idea, particularmente el rey con mucho entusiasmo.

Se constituirá una Sociedad por acciones para reunir el capital necesario, que no será menos, como antes he dicho, de dos millones de pesetas,

Stefaniai cuenta con personas de posición en quienes han caído muy bien los proyectos del artista húngaro, que nada quiere para él, pues continuará sus *tournees* como hasta ahora. Stefaniai trabaja para los músicos españoles y tiene un gran optimismo por realizar una aspiración que, en líneas generales, ha sido durante mucho tiempo el ideal de muchos músicos y aficionados. La iniciativa de Stefaniai creo que será realizada muy pronto, pues cuenta con elementos para ello. Prepara para la próxima temporada el insignificante pianista magníficos programas que interpretará en Madrid, Barcelona y Valencia. Quiere tocar las obras más grandes de Litz, pues aunque le gusta lo bueno de todas las escuelas. Litz es su autor predilecto. Es lamentable—dice Stefaniai—que no se conozcan de Litz, el apóstol del wagnerismo, el precursor, más que las Rapsodias. El piensa tocar, además de la «Sonata en si menor», los «Tres años de peregrinación», las variaciones sobre el tema de *Crucifixus*, de Bach, y las sonatas del Dante y Petrarca.

De las escuelas modernas la que más le gusta es la rusa, con Scriabin, Rachmaninoff y Bortkiewicz. La francesa no le satisface.

Salgo encantado del buen rato que me ha hecho pasar Stefaniai exponiéndome sus proyectos, por cuya realización hay que hacer votos para que lo más brevemente posible sean un hecho.

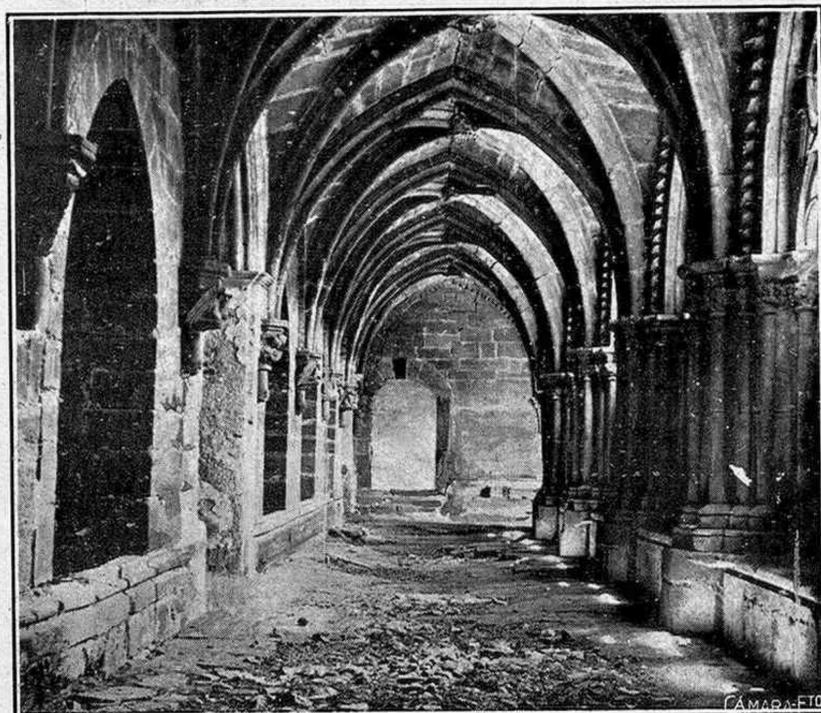
R. VILLAR



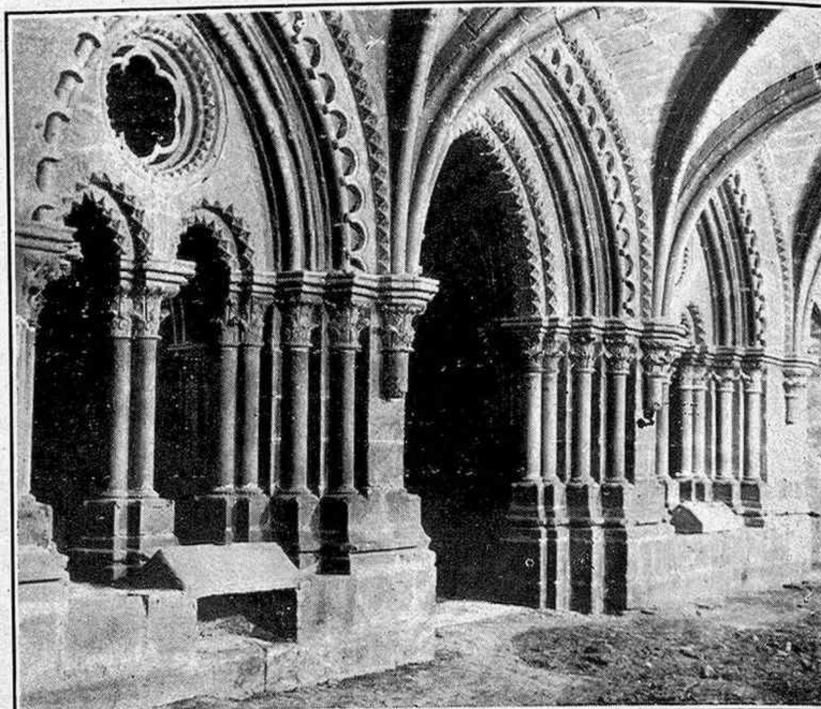
El gran pianista Stefaniai con su esposa, la hija del ilustre escultor Mariano Benlliure

FOT. BIBER

MONUMENTOS DE ARAGÓN
EL MONASTERIO DE RUEDA



Claustro del Monasterio



Puerta de la Sala Capitular

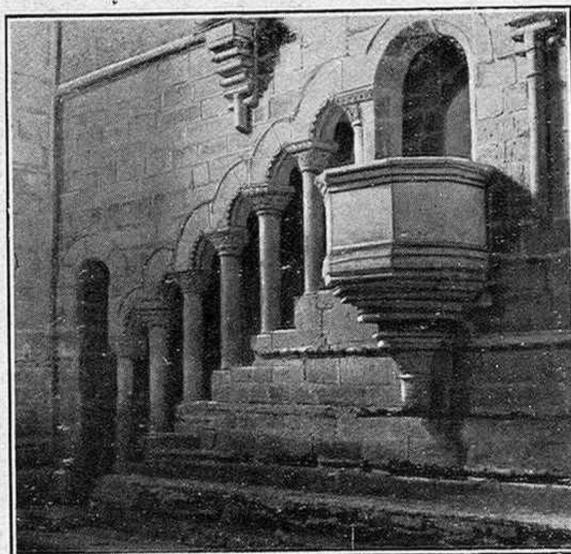
FOTS. VAL MARÍN

EN la provincia de Zaragoza y en la comarca que sobre ambas orillas del Ebro se extiende desde Sástago hasta Mequinenza, en el sitio en que el famoso río aragonés, tan popularizado en las coplas baturras, recibe mayores caudales del Martín y del Guadalope, del Segre y del Cinca, frente al pueblo de Escatron, elevase el monasterio que si puede encontrar en Aragón algunos otros que con él compitan en antigüedad, solo uno, el de Veruela, puede parangonarse con él en mérito artístico y en belleza.

Rueda; llamábase en el siglo XII el sitio que para la fundación de su comunidad escogieron los frailes cistercienses que habían abandonado su reiro de Junquera donde se albergaban desde 1155. Por concesión de Alfonso II estaban en posesión de aquel territorio desde muchos años antes, pero hasta los primeros años del siglo XIII no se decidieron á establecer su asilo en la margen del Ebro.

Del año 1226 data la colocación de la primera piedra del edificio monástico, y así que éste se encontró concluído, Rueda comenzó á ensanchar su señorío por los contornos.

De aquella vieja edificación, varias veces restaurada, queda muy poco que descubra la magnífica existencia que durante muchos siglos tuvo la Abadía, y aun de sus tesoros arquitectónicos



Púlpito en el Refectorio

no ha respetado el tiempo más que algunos que puedan atestiguar la belleza artística de la antiquísima construcción. En ellos se ofrece una gallarda muestra del sorprendente efecto que arte y el buen gusto de algunos de los arquitectos de aquella época supieron imprimir á las obras en que mezclaron el estilo bizantino con el gótico. Las ojivales y agudas bóvedas de la Iglesia y la diferente proporción entre la nave central y las dos laterales, demuestran claramente la influencia del gusto nuevo sobre el que hasta entonces había inspirado á los artistas.

Dos sepulcros primorosamente labrados muestran igualmente esta influencia. Bajo un doble arco bizantino encuéntrase la estatua yacente de un abad, cuya cabeza se reclina sobre las manos de dos ángeles aposados en la almohada. A sus pies están dos perritos y en el frente de la urna cineraria pueden verse cuatro escudos blasonados con las barras de Aragón y la rueda que da nombre al monasterio, completando el adorno varias figuras de ángeles y de astrólogos.

Frente á este sepulcro, en que al decir de algunos autores reposan las cenizas del duque de Hajar, que se hizo monje á la muerte de su segunda esposa y llegó á ser abad del monaste-

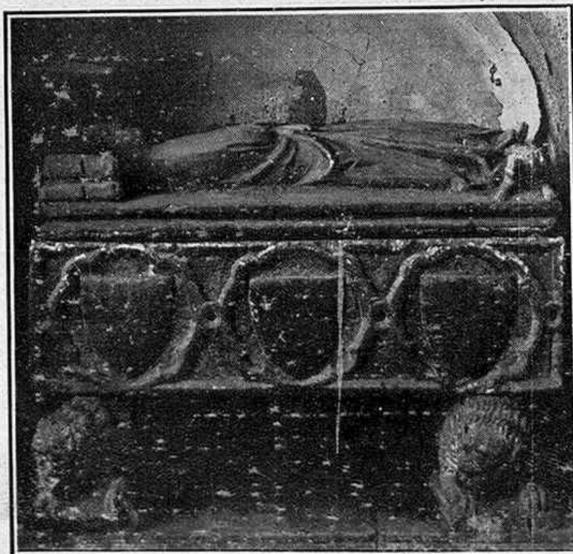
rio, encuéntrase otro semejante, aunque de menos importancia artística, sobre el que reposa la figura de una dama de bellas facciones, cruzadas las manos y cubierta de amplio ropaje; también descansan á sus pies dos perros, y todo el túmulo reposa sobre toscas figuras de leones. Dícese que los restos que guarda son de la primera esposa del duque.

Donde más ostensiblemente se muestra el feliz hermanaje de los estilos gótico y bizantino, que con tan buen gusto armonizan en aquella edificación, es en la sala capitular del monasterio y en el claustro, que son de una belleza extraordinaria.

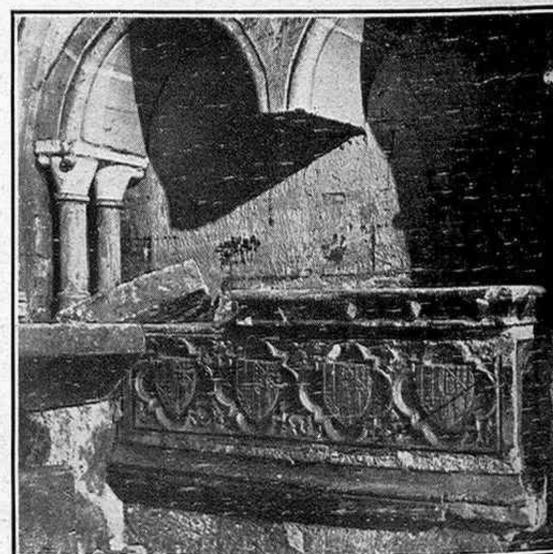
Bajo las losas que cubren el suelo, descansan los restos de muchos monges y existen también algunos túmulos que guardan las cenizas de varios abades; en uno de ellos léese el nombre de *D. Gasto de Ayerbe*, abad que murió víctima de la violencia feudal del condé de Sástago.

Algunos interesantes hechos históricos evocan las ruinas del monasterio de Rueda. En él se albergaron los reyes de Aragón y en 1640 detúvose Felipe IV durante su viaje á Cataluña, donde se dirigió en persona para sofocar la rebelión provocada por los franceses.

JUAN BALAGUER



Sepulcro de las duquesas de Hajar



Sepulcro de los duques de Hajar

LA ESFERA

BIBLIOTECA
MADRID

LITERATOS ESPAÑOLES



CAMARAFOTO

EDUARDO ZAMACOIS

FOT. CAMPÚA

Ilustre escritor y novelista, colaborador de "La Esfera"

NUESTRAS VISITAS



El ilustre literato en su despacho, acompañado de su hija Gloria

FOT. CAMPUA

EDUARDO ZAMACOIS

VENGA usted, amigo «Audaz»; asómese aquí; verá usted qué vistas tan preciosas—me dijo Zamacois, invitándome á salir al balcón de su casa... Acepté...

Es cuarto piso que cae sobre el boulevard de Carranza... Como desde la barquilla de un globo se dominan todas las edificaciones de alrededor y la vista se pierde allá en las bellas afueras que rodean Madrid... El parque del Oeste; la casa de Campo...; la pradera de San Isidro...

—En las tardes brumosas—me explicó Zamacois—aquel fondo de la casa de Campo queda suavemente velado por la niebla, y al fundirse con el cielo parece el mar... Es muy hermoso esto, ¿verdad?

Asentí y permanecimos un momento más en silencio, saturado por la emoción del espectáculo, y después nos internamos en el despacho... Una habitación de trabajo, cuyas paredes están adornadas con millares de fotografías de amigos, tropezados en el sendero de la vida. Muchos de ellos ya han desaparecido para siempre. Cada retrato de aquellos le recordará al dueño, un momento de su vida, tal vez una ilusión rota; todos juntos le hablarán de una alegre juventud

que se consumió..., se consumió para siempre. Es aquella una comparsa de recuerdos para en los ratos de melancolía, desandar con la imaginación todo el camino andado.

Yo tomé asiento ante la mesa de trabajo... Eduardo permaneció un momento de pie... Ofreciéndome un cigarrillo, me dijo riendo:

—¿Quiere usted envenenarse con esta cápsula?...

Mientras que lo encendía observaba atentamente al joven maestro de la literatura y vino á mi memoria una frase muy gráfica de una amiga nuestra.

—«Eduardo Zamacois, pareces un hombre de película...: Un detective»—le dijo una noche después de una cena.

Con esto quería aquella linda mujercita expresar que Zamacois no es un tipo vulgar. En efecto... Alto, recio; de proporciones gallardas; muy derecho, anda con cierta airoso y elegante flamenquería de caballero conquistador y galán. Su cabeza es una bella cabeza de artista; que posee la coquetería de estar invadida por las canas, y sin embargo, aparenta juventud y vigor. Sus cabellos ondulados, que peina á la antigua

usanza sevillana, no son negros, ni grises, ni blancos; tienen un tornasolado azul y brillante, como un reflejo...

Lleva la piel completamente rasurada, y por su tersura, sus transparencias rosadas, la pequeñez de la boca y la liviana candidez infantil de los ojos azules, se asemeja su rostro al de esos niños de *biscuit* que venden por los bazares...

¡Siempre ríe!... ¡Siempre! Y cuando habla de supremos instantes de angustia, de pelea y de hambre, en vez de entristecerse, ríe más...

Años de miseria y de risa, así se titula un próximo libro de Zamacois. «¡Miseria y risa!...» ¿No está en este título firmemente trazada la silueta espiritual de este gran novelista?... Estoy seguro que Eduardo Zamacois, cuando se vea cara á cara con la muerte, reirá burlón y no fallará en sus labios una frase irónica y hasta una exquisita galantería; esto último por tratarse de una dama y ser él el caballero rendido que siempre cultivó con éxito el amor...

El célebre escritor es, sobre todas las cosas, un «gran simpático». Su charla templada y amena, irisada de imágenes y ejemplos, llena de gracia é impregnada siempre en una ironía delica-



dísima, cautiva al momento. Al fin, Zamacois, después de hablarme algo de los retratos que nos miraban fijamente, se instaló en una silla frente a la mesa, y antes de comenzar mi interrogatorio, me dijo:

—Se ha metido usted en un laberinto de mil demonios, amigo «Audaz»... Esta interviú que piensa usted hacerme se la criticará la mar de gente...

—¿Por qué?...

—Porque yo soy un escritor que apasiona mucho... Para juzgarme a mí no hay término medio...

Y reía...

—Hombre, eso es bueno.

—No, si a mí me agrada; lo peor es estar siempre bien; Dato, por ejemplo, está siempre bien; eso ¡es horrible!... Estos señores se asemejan a los trajes de entretiempo: no sirven ni para el invierno, ni para el verano... Resultado del apasionamiento que levanta mi literatura es el sinnúmero de cartas que recibo continuamente...

—¿De mujeres?...

—De mujeres y de hombres...

Hizo una pausa. Meditó un momento; después,

variando el carácter de voz, como un actor francés para hacer un inciso en la charla, me preguntó:

—¿Usted ha leído mi novela *El seductor*?...

—Sí, señor...

—¿La recuerda usted?...

—La recuerdo...

—Pues bien, le voy a referir una anécdota relacionada con esta novela... Me parece que es interesante...; pero si a usted no le interesa la cortamos inmediatamente. Hacía algún tiempo que había publicado *El seductor* y vivía yo en un pisito de la calle del Marqués de Santa Ana... Tendría entonces unos veinticinco años. Un día me dijeron: «Ahí hay un señor que quiere verte...» Bah, un inglés—pensé—. En aquellos tiempos estaba yo muy apurado de dinero. En esto he variado muy poco. Resignadamente dije: «Que pase»... A los pocos momentos apareció en mi despacho un caballero de buena estatura y buen aspecto... Representaba tener unos veinte años. Venía pálido, desencajado, preso de una excitación nerviosa que me inquietó; tenía la boca seca y los ojos febriles. «—¿Usted es el señor Zamacois?»—me preguntó con voz temblorosa—. «—Servidor de usted»—repuse—. «—¿El que ha escrito *El seductor*?»

«—Sí, señor, aunque se me esté mal en confesarlo.» Mi hombre, entonces, miró a todas partes. «—¿Estamos solos?»—inquirió—. «—Ya lo ve usted...» A todo esto su temblor iba en aumento; no podía ni liar el cigarro que se le rociaba entre los dedos.

«—¿Ve usted?, no puedo ni hablar; estoy loco»—se disculpó—. «—¿Pero qué le pasa a usted, señor? Tranquílcese... Tome asiento. ¿Qué es ello?...» El desconocido se dejó caer en una de mis viejas butacas, y después, casi llorando, me dijo: «—Yo me llamo Alberto Guimerá y soy un hombre horriblemente desgraciado, D. Eduardo!... Me encuentro en el mismo caso que el Vizconde de *El seductor*... Yo tenía relaciones con una mujer; esta mujer ha roto conmigo, sin saber por qué, y yo no puedo vivir sin ella... ¿Qué hacer? ¿Cómo reconquistarla?...» «—Eso usted verá, amigo mío»—le dije—. «—No, señor, yo soy un bruto, yo solo no puedo; es necesario que usted me ayude.» «—¿Yo?»—exclamé asombrado—. «—Sí, señor, usted, que escribió aquellas cartas con las que *don Plácido* cautivó a la *Marquesita de Górgoles*, es menester que me escriba a mí otras con las cuales rescataré a Encarna.» Yo rechacé la indicación; pero amigo, el mozo me lloró tanto, que al fin cedí. «—Lo haremos, ¡qué caramba!... Ahora yo no sé si en la realidad obtendrá el mismo resultado satisfactorio que en la novela. Por lo pronto, va usted a darme todas las señas y referencias de esa mujer... Las cartas que yo le ponga las copiará siempre en una misma clase de papel y llevarán el mismo perfume.» Y así, le hice varias observaciones minuciosas. Y aquel día le escri-

bí la primera epístola. Cuando terminamos, el muchacho se levantó y puso un duro en mi mano... «—¡Pero, hombre!»—protesté—. «—Sea como el *don Plácido* de su novela»—insistió él, inocentemente—. Y yo, que dudé un momento, después pensé que no tenía una peseta y me eché al bolsillo el duro... Encontraba yo un pequeño goce en cobrar una carta amorosa como *don Plácido*. Bueno; pasó mucho tiempo, y yo le escribí muchas cartas, y por consiguiente le cobré muchos duros, hasta que un día dejó de ir, y otro, y otro, y ya no volví a verle más... La habrá conquistado, pensaba yo.

—¿Y así fue?—le pregunté impacientemente.

—No; verá usted... Pasaron dos años de esto... Durante uno de mis viajes conocí a una mujer muy guapa, con la cual trabé un pequeño afecto amoroso... Un día, estando de sobremesa, aquella mujer cogió *El Imparcial* y correteó con su vista las columnas. Se detuvo atentamente en la sección de sucesos, y después exclamó: «Pobrecillo»... «—¿Qué es ello?»—la pregunté—. Ella me repuso frívolamente: «—Nada; mira, un pobre novio que yo tuve que se acaba de suicidar en Valencia.» Lef la noticia. ¡¡Era mi infeliz discípulo Alberto Guimerá!! «—¿Por ti?»—la in-

do, actor; Elisa, actriz; ecétera; todos artistas...

—¿Los libros de qué autor eran sus preferidos durante su niñez?...

—Me enamoraban los filósofos: Spencer, Le-tourneau, Delbauf, Molleschott, Büchner...

—Y vino usted a Madrid.

—Vine a Madrid a estudiar filosofía y letras. ¡Era un gran estudiante!; el único defecto que tenía era que todos los días regresaba a mi casa sin los libros...

—¿Se los quitaban?...

—No; los vendía... Después estudié tres años de Medicina... Pero ya la literatura tiraba de mí más que los libros. Lo primero que yo publiqué fué en *El Globo*, después en otros periódicos, y a los veinte años ya vivía por mi cuenta de lo que me daba la pluma; mal, pero vivía y vivo desde entonces. Más tarde fundé *Germinal*, periódico revolucionario, producto de mis ideas rebeldes, y a los veinticinco años fundé *Vida galante*... que en compañía de mis primeras novelas sirvió para enriquecer a un hombre... En ese período de mi vida comencé la novela *La enferma*; fué la primera que publiqué; después, *Punto negro*.

—¿Cuántas novelas tiene usted publicadas?

—Catorce ó quince, y contamos de teatro y demás unos treinta volúmenes.

—¿Cuál de sus novelas es la preferida por usted?...

Eduardo quedó un instante perplejo...

—No sé... Tal vez sea *La opinión ajena* la que más me guste. Hay dos épocas en esta literatura mía: primera, período que pudiéramos llamar amoroso y luego una transición para preocuparme más de los misterios de la vida. Esta transición parte desde *El otro*, *La opinión ajena*, *El misterio de un hombre pequeño*.

—¿Escribe usted con facilidad?

—No, señor; con gusto, sí; con facilidad, no. Trabajo mucho. Yo escribo, me arrepiento, vuelvo a escribir y me doy a los diablos...

—¿Ha hecho usted versos alguna vez?...

—No he pasado jamás de los cuatro versos; ya una quintilla es superior a mis fuerzas.

—¿Escribe usted de memoria ó sobre la realidad?...

—Hombre, escribo siempre de la realidad: cosas que me hayan ocurrido a mí ó a alguien que me rodee. Escribir, como pintar de memoria, es muy malo... Leer mis obras es ir paso a paso por mi vida... Para estudiar los personajes acostumbro a ir a las fotografías y allí, ante los retratos, me paso horas enteras estudiando tipos. Esa inmovilidad de la fotografía le refleja a usted el alma de los individuos.

—Vamos a ver, Eduardo: ¿Su opinión de usted es que en la novela se debe de sacrificar el fondo por la forma ó la forma por el fondo?...

—Mire usted; es un asunto que yo quería tratar... El secreto del arte está en sentir y en hacer sentir... Poetas más incorrectos que Campoamor, Espronceda y Zorrilla no los hubo y, sin embargo, son los que más han entusiasmado y perpurarán siempre. ¿Por qué?... Porque eran humanos, porque tenían nervio, porque hacían arte... A mi juicio, lo esencial en la novela es el fondo, la emoción; no la forma. Si usted traduce a un estilista de su obra, no queda nada... ¡absolutamente nada!... En cambio traduzca usted a un escritor de fondo, como Balzac, y quedará incólume el sentimiento, que es el arte. Autor más incorrecto que Cervantes, ¿lo hay?... No... Y, sin embargo, ¿por qué ha quedado? Porque tiene un enorme fondo. Si a un buen mozo le viste usted de blusa en vez de vestirle de levita, es siempre un buen mozo; a un esqueleto le pone usted el frac y es siempre un esqueleto... Esto pasa con los estilistas actuales... Sus libros son esqueletos de frac. Cuando el artista es humano, es cuando baja hasta el pueblo; si no, se queda ignorado en sus alturas. Yo escribiendo me he emocionado muchas veces y hasta he llorado, y esas cuartillas me han salido maravillosas; en cambio otras que no las he sentido las he cobrado lo mismo; pero, ¡qué diferencia!...

EL CABALLERO AUDAZ



Eduardo Zamacois contando un cuento a varias de sus amigas, en el Retiro
FOT. SALAZAR

terrogué a ella—. «—Creo que sí»—repuso impávida y sin darle importancia—. «—¡Por Dios, Encarna!»—murmuré—. Y no hubo más... Aquella confesión fué un abismo que nos separó a mi bella amiga y a mí...

—¡Bonita aventura! ¿Pero las cartas no dieron resultado?

—No; ya ve usted.

—Y diga usted, Eduardo, ¿a qué edad comenzó usted a escribir?

—Qué sé yo... A los quince años ya escribía cuentos...

—¿Es usted cubano?...

—Sí, señor. He nacido en los alrededores de Pinar del Río; pero me sacaron de allí a los tres años... Me crié en Bruselas, París y Sevilla...

—¿Es que su familia tenía necesidad de viajar?...

—No; viajaban por gusto; ¡qué se yo! Lo cierto es que, sin duda, aquella vida de ajeteo inculcó en mi espíritu la afición a los viajes... Yo soy un hombre errante... Viajar es mi sumo deleite... Cuando monto en el tren con mi amada compañera la maleta, parece que me quitan veinte años de encima y me siento dichoso... En Sevilla me dieron los primeros estudios y también las primeras bofetadas y las primeras pederadas. Mi padre es músico y sus hermanos todos han sido artistas... Eduardo, pintor; Ricar-

DESDE ITALIA
ESCENAS MILANESAS

La acción en la famosa galería de Víctor Manuel y ante el escaparate de un comercio de antigüedades. Las ocho de la noche.

ELLA (se ha detenido á mirar el retrato de una artista en boga).

EL (que no tiene nada que hacer hasta las once y media).—No la envidie usted; es usted mucho más bonita.

ELLA (le mira).

EL.—Perdóneme usted, señorita; yo soy así; necesito decir la verdad aunque no me la pregunten... Usted es infinitamente más hermosa que esa actriz cuya belleza parece envidiada. Los ojos de usted, desde luego, son mucho mayores, y como si tal perfección no bastase posee usted el *chic*, la elegancia y, sobre todo, esa palidez que hace irresistibles á ciertas mujeres. ¿Italiana, verdad?...

ELLA (con súbita simpatía).—De Milán.

EL.—¿Ah? ¿Como el gran maestro Ferrari!

ELLA.—Y como Alejandro Manzoni; ¿creía usted que yo no sé citar nombres?

EL.—Tiene usted razón; había olvidado que el autor de *I promessi sposi* era milanés; pifia imperdonable. (Ella sonríe victoriosa. Corto silencio). Hace un calor horrible... ¿Usted habrá cenado?...

ELLA (leve ademán afirmativo).

EL.—¿Y habrá usted tomado café?

ELLA.—Sí, señor.

EL.—¿Como yo! Esto de no leer en lo futuro es una desgracia, porque si hubiésemos sabido que íbamos á encontrarnos no nos hubiésemos sentado á la mesa tan pronto. ¿Quiere usted dar un paseo á pie?

ELLA.—¿Al Jardín público?

EL.—¡Gran idea!... Allí estaremos frescos y rodeados de silencio. Yo, en Suiza, de donde vengo ahora, había llegado á odiar los jardines á causa de la música. Los suizos no conciben una montaña ó un valle ó una puesta de sol «si no suenan». ¿Conoce usted Suiza?

ELLA.—Mucho; puedo decir que Berna es mi segunda patria.

EL (convencido de que la mitad de la simpatía está en ceder).—¡Ah, Berna; preciosa ciudad!... ¡Pintoresca! En la misma calle, según estamos en la parte baja ó en la parte alta, hará calor ó hará frío, romperemos á sudar ó criaremos sabañones. Habitar en una ciudad suiza es vivir en un ascensor. Yo cuando andaba por allí, pensaba: «Señor, aquí es imposible emborracharse dos veces, porque á la primera se rompe uno el alma...» (Ella ríe.) En armonía con el paisaje, están los zapatos: ¿se acuerda usted del calzado que usan, especialmente los domingos—día dedicado al alpinismo—las señoritas de Berna?

ELLA.—Terrible. ¡Aquellas suelas claveteadas!

EL.—La frase «á los pies de usted» con que en



España acostumbramos á despedirnos de las señoras, es admisible allí y también en Italia, donde las mujeres tienen el pie chiquito, pero nunca en Suiza. Ponerse á los pies de una suiza, es suicidarse. En Milán, como en Madrid, le pisan á usted y le dicen: «Usted dispense», y no pasa nada; pero nos pisa un suizo y hay que matarle.

ELLA.—Lo que no impide que sean hombres muy bien educados. Yo conozco España y sé que á ustedes les cuesta trabajo quitarse el sombrero para saludar. Eso está feo...

EL (pasándose al enemigo).—Tiene usted mucha razón; somos bruscos; hay español que no se quita el sombrero más que para meterse en la cama... Algo igual he observado en Italia.

ELLA.—Algo, sí, desgraciadamente...; ¡pero no tanto!...

EL.—Permítame usted decir que en esa buena crianza helvética hay mucho de presunción. Usted ignora que en Suiza los peluqueros cobran un franco por cortar el pelo: lo que en España cuesta cincuenta, veinticinco y hasta quince céntimos, vale en Suiza cuatro reales; y... ¡naturalmente!... el hombre que se gasta cuatro reales en arreglarse el pelo quiere que se sepa. (Accionando.) Empiezan quitándose el sombrero y levantándolo perpendicularmente sobre la cabeza; luego lo bajan, después lo vuelven á subir... y siempre con el brazo estirado. Yo, que ellos, al ver á un amigo echaría mi sombrero al aire,

pudo escribir en favor del suicidio. Pasa usted por allí, ve usted las casas harapientas de la calle de Segovia, contempla usted los campos sin árboles, sedientos, desolados, de Carabanchel, y de pronto siente usted deseos de acabar... A no ser que fuese usted alemana; entonces, con irse á Francia y rogar á cualquier transeunte que la mate, asunto arreglado. Ya habrá usted leído el crimen del ingeniero Mr. Andrés Barbier...

ELLA.—No.

EL.—¡Muy cómodo! Ese señor ha asesinado á tiros á su mujer, que era alemana; ella le hablaba mal de Francia y él—según ha reconocido el Tribunal, que acaba de absolverle—la mató «en un arrebatado de noble exaltación patriótica». Yo, abogado defensor, pido para mi ahijado una cruz.

ELLA.—¡Pobres mujeres!... Y crea usted que mi misericordia no se inclina en favor de las de ningún país. Todas iguales. Si ustedes nada ganan con la guerra, menos ganamos nosotras; porque terminará la lucha y habrán vencido «los hombres» de Alemania, ó «los hombres» de Francia, pero de las mujeres nadie hablará.

EL.—¡Es verdad! (Volviendo en seguida al buen humor.) Realmente son ustedes muy desgraciadas. Vea usted la operación de transfusión realizada en el Hospital militar del Louvre por el profesor Dauriac...

ELLA (Vivamente contenta de poder decir algo).—¡Sí! Una alczana joven y robusta, acaba

como hace la gente de mi país cuando llega la Virgen: sería más cómodo.

ELLA.—Puede usted murmurar cuanto guste; Suiza es un país encantador.

EL.—¿Quién lo niega?... ¡Encantador, sí, señorita!... ¡Aquella paz!... ¿Eh?... ¡Aquel silencio!... Aquellos cafés en que los parroquianos se pasan las noches jugando al ajedrez... ¿Hay nada más callado que una partida de ajedrez? ¡Como no sea un «solitario»!... Esta ecuanimidad paradisiaca es la consecuencia del exceso de música y de la hermosura de los paisajes. El hombre, si todo sonríe á su alrededor, propende al bien. Lea usted los periódicos; en Suiza no hay «crónica negra». En Berna, verbigracia, á pesar de sus dos magníficos puentes sobre el abismo del Aare, nadie se suicida: seguramente más de un bernés desesperado se dirigió á cualquiera de ellos, á Kornhausbrücke ó á Kirchenfeldbrücke, con propósito de matarse, y ante aquel trozo admirable de naturaleza no sólo renunció al suicidio sino que volvió á su casa con apetito. (Pausa.) Si algún día la conviniese á usted suicidarse y no tuviera usted valor, váyase inmediatamente á Madrid...

ELLA (ríe).

EL.—Allí tenemos un Viaducto de Segovia más elocuente que todo cuanto Baudelaire

pudo escribir en favor del suicidio. Pasa usted por allí, ve usted las casas harapientas de la calle de Segovia, contempla usted los campos sin árboles, sedientos, desolados, de Carabanchel, y de pronto siente usted deseos de acabar... A no ser que fuese usted alemana; entonces, con irse á Francia y rogar á cualquier transeunte que la mate, asunto arreglado. Ya habrá usted leído el crimen del ingeniero Mr. Andrés Barbier...

ELLA.—No.

EL.—¡Muy cómodo! Ese señor ha asesinado á tiros á su mujer, que era alemana; ella le hablaba mal de Francia y él—según ha reconocido el Tribunal, que acaba de absolverle—la mató «en un arrebatado de noble exaltación patriótica». Yo, abogado defensor, pido para mi ahijado una cruz.

ELLA.—¡Pobres mujeres!... Y crea usted que mi misericordia no se inclina en favor de las de ningún país. Todas iguales. Si ustedes nada ganan con la guerra, menos ganamos nosotras; porque terminará la lucha y habrán vencido «los hombres» de Alemania, ó «los hombres» de Francia, pero de las mujeres nadie hablará.

EL.—¡Es verdad! (Volviendo en seguida al buen humor.) Realmente son ustedes muy desgraciadas. Vea usted la operación de transfusión realizada en el Hospital militar del Louvre por el profesor Dauriac...

ELLA (Vivamente contenta de poder decir algo).—¡Sí! Una alczana joven y robusta, acaba

LA ESFERA

de dar varios litros de sangre para su esposo gravemente herido. ¡Admirable heroína!...

EL.—¡Admirable rasgo, en efecto!... Sobre todo si consideramos el absoluto desinterés de tal sacrificio.

ELLA.—Yo, por conservar á mi marido ó á mi amante, hubiese hecho lo mismo.

EL.—¡Pero si no le conserva!... ¡Al contrario! ¡Si tendrá que perderle!... Ahora, precisamente, que están «unidos por la sangre», habrán de separarse; la Iglesia prohíbe el matrimonio entre consanguíneos, y ese hombre acaba de convertirse en hijo de su mujer. La frase, «sangre de mis venas», que en España aplicamos á nuestra adorada, es un crimen fisiológico. (Con inten-

tiene usted á la madre emparentada con lo mejorcito de Europa.

(Pasan unos bersaglieri, y ella se vuelve para mirarlos).

ELLA.—Oprime el alma considerar que, dentro de algunos meses, toda esa juventud será tierra.

EL.—Es horrible, sí; porque la guerra durará todavía mucho... Mr. Asquith dice que Inglaterra para realizar su máximo de esfuerzo, necesita dos años aún... Los franceses se batan bien, los ingleses también tienen la mano pesada... ¡pero, cuidado si los alemanes son duros!

ELLA.—¿Y los rusos?

EL (encogiéndose de hombros).—Psch... son muchos, pero no tengo confianza en ellos; es un

de que en Alemania no queden ya hombres. Es que en Berlín lo tienen todo previsto, y como la superstición asegura que los jorobados llevan consigo «la buena sombra»...

ELLA.—¡Es usted incorregible! Yo creía que estaba usted hablando en serio...

EL.—¿Y para qué vamos á hablar en serio, si nuestra gravedad concluiría por entristecernos y no redundaría en beneficio de nadie? Nosotros de quienes no depende el bien público, no debemos decir cosas serias, sino cosas agradables.

ELLA.—Un ejemplo.

EL.—Allá va. (Cogiéndola del brazo suavemente.) Yo digo: «La amo á usted». He aquí algo que indudablemente es agradable para los dos,



ción.) Usted puede dar su sangre por mí, verbi-gracia; pero no por su esposo... (Breve silencio; el indispensable para encender un cigarrillo.) La guerra que hizo tantos infelices, ha sido en cambio una especie de «premio mayor» para esa vandeana que ha dado á luz en Fontenay-le-Comte, cuatro gemelos: dos niñas y dos niños...

ELLA.—Merecía que Joffre la citase á l'ordre du jour. ¿Y cree usted que eso es suerte?

EL.—Sí, porque ella, explotando la circunstancia de tener á su marido en la guerra desde hace un año...

ELLA (un gesto).

EL.—Ha escrito al Presidente de la República y á las reinas y reyes de Inglaterra, de Bélgica y de Rusia, preguntando si querían apadrinar á los recién nacidos; y como todos aceptaron, añá-

país desmazelado, un país sin cohesión en los movimientos; grande, sí, muy grande... pero... A mí los rusos me producen el efecto del dinero en calderilla... Lo cierto es que ninguno de los beligerantes ceja, y que todo, las industrias como las ciencias, se halla al servicio de la destrucción. Las iglesias del Tirolo y de Francia, han dado sus campanas á las fundiciones militares; la gigantesca campana de la catedral de Viena, también será convertida en municiones; siguiendo así pronto la Iglesia se quedará sin lenguas con qué pedir la paz.

ELLA.—La humanidad va á extinguirse á pesar de esos partos cuádruples de que antes hablábamos. Dicen que entre los últimos prisioneros alemanes, había varios jorobados...

EL.—¡Es posible!... Pero ello no es síntoma

y que, por añadidura, puede llegar á ser muy serio.

ELLA.—¿Y yo, qué respondo?

EL.—Usted, fiel á la evangélica consigna de no hacer daño á nadie, debe contestar: «Vamos á sentarnos».

ELLA.—Me ha adivinado usted el pensamiento; estoy rendida. Justamente, aquí tenemos un banco.

EL (señalando hacia la oscuridad del jardín).—En aquel estaremos mejor. (Mirándola á los ojos largamente, y como si hablase consigo mismo.) Es extraordinario lo que á las mujeres las embellece el campo y la luna...

EDUARDO ZAMACOIS

Milán, Agosto.

DIBUJOS DE MEDINA VERA

FOTOGRAFÍAS VIEJAS
AMORES REGIOS

La Reina Victoria fué para los historiadores una soberana que asistió al engrandecimiento de Inglaterra, prolongando su Imperio, al través de bienandanzas y sucesos felices; para el vulgo fué algo mejor: una esposa amante, cariñosísima que tuvo los mayores goces, no en las pompas de la realeza, sino en las íntimas escenas de un hogar venturoso.

La Reina Victoria y el Príncipe Alberto se enamoraron por el impulso natural que rige las almas de todos los seres, lo mismo los de encumbrada alcurnia que los vulgares; fué su noviazgo el de dos muchachos que sueñan con ser dichosos lejos del mundanal ruido; se casaron con la sublime codicia de poseerse mutuamente, á semejanza de cualquier parejita burguesa y vivieron en paz, alegres y con muchos hijos, de la propia suerte que los héroes de cuentos tiernamente optimistas.

Ella era Reina de un soberbio Imperio y él un Príncipe modesto de Sajonia Coburgo Gotta. Otro monarca, el de Bélgica, padre del que luego se llamó Leopoldo II, protegiendo al Príncipe Alberto le puso en el camino de la soberana.

Los ojos de la gentilísima Victoria sintieron el chispazo amoroso que brotaba de los del gallardo Alberto y poniéndose habladores, á espaldas de maquinaciones diplomáticas, iniciaron el idilio que acabó en bodas.

Los señores ingleses querían para su Graciosa Majestad un consorte que correspondiese á la grandeza del trono y miraron al Príncipe Alberto con algún desdén, pero el amor es rey de reyes y cuando él manda los solios se hunden en la tierra y las pobres raíces del árbol pobre se elevan hasta tocar las nubes con poderoso engreimiento.

Hubo después de las conversaciones amistosas y de las miraditas dulces y soñadoras entre la Reina y el Príncipe, cartas apasionadas, vehementes, una de esas novelas que se escriben sin pensar en que se escriben, porque no son para el público; son para que dos corazones se cuenten cosas que siendo las más sabidas de la tierra, son las que más nuevas parecen á todas las criaturas en todos los lugares del planeta.

Se casaron y la soberana quedó como tal, pero su marido no pudo ser monarca como su esposa, porque en Inglaterra las leyes no van «do quieren reyes», sino que van donde disponen la tradición de un pueblo libre y los mandatos inalterables de una constitución, más que en el papel, escrita en la voluntad inmutable del país.

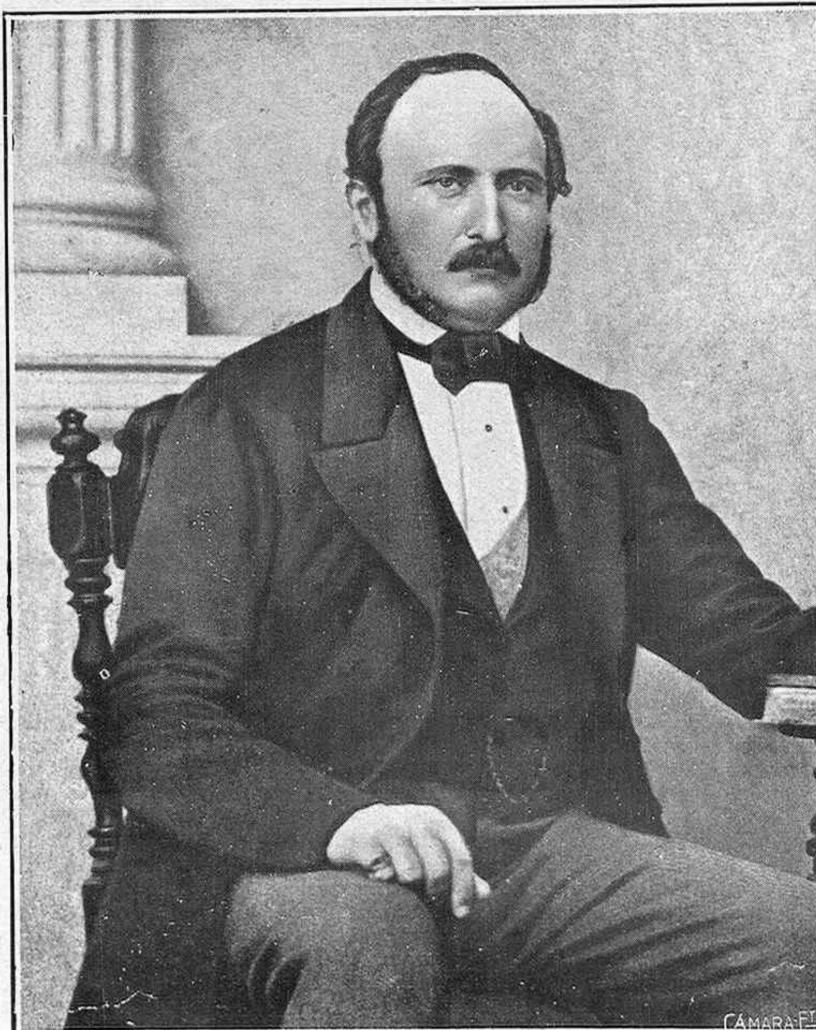
Propuso la Reina que una resolución del Parlamento otorgase al Príncipe el título y honores del Rey consorte.

«No puede ser» dijeron los políticos ingleses, que tenían y tienen por costumbre ver en la persona ocupante del trono la encarnación de las leyes del país, por lo cual apenas la tal persona prescinde de la ley, pierde su augusta condición. «No puede ser Rey el Príncipe consorte», exclamaron ministros y personajes influyentes.

La ley fué respetada, quedó inalterable porque someter la legalidad á los caprichos de quienes mandan, es substituir con la anarquía el orden indispensable para la vida social.



LA REINA VICTORIA DE INGLATERRA (en 1851)



EL PRÍNCIPE ALBERTO DE SAJONIA (en 1851)

Pero como en el corazón de la Reina imperaba la constitución del cariño que es tan intensa como universal, el Príncipe Alberto, que no pudo ser monarca consorte de Inglaterra, fué rey absoluto de su soberana, y ella con verdadero deleite entregó su albedrío á los deseos de quien era imán de sus afanes, fuente de sus venturas, guardador exclusivo de su voluntad.

Pocas veces se ha visto matrimonio más feliz que aquel egregio matrimonio.

La esposa fué modelo de ternura, de complacencia, de sumisión; el marido huía de mezclarse en los negocios de Estado, pero cuenta la fama que la mujer buscaba consejo antes de cualquier decisión, en quien por la fidelidad y por el amor era origen de su felicidad.

En el parque del hermoso palacio de Buckingham patinaba un día el Príncipe Alberto y contemplábase satisfecha su compañera. De pronto se rompió la capa de hielo y desapareció el cuerpo del augusto deportista.

Los cortesanos corrieron en busca de cuerdas para salvarle y la Reina de Inglaterra, con riesgo de que se hundiese bajo sus plantas la capa de agua solidificada, corrió hacia la abertura que produjo el hundimiento y ella salvó al adorado esposo.

El cual, seguro del amor infinito de su mujer, no abusó de él para influir en la suerte del Imperio inglés; los periódicos le censuraban; los magnates le vieron con recelo, pero nunca se vengó ni de las injusticias de los unos, ni de las inquietudes de los otros.

No dejó que entrasen en su pecho las ambiciones, y como nuestro gran poeta tuvo el alto honor de despreciar la gloria.

El Príncipe era artista, con lo cual queda explicado que no sintiese ciertos afanes de condición ordinaria. El amor á lo bello, á la línea que encanta, al color que seduce, á la frase que sugiere, á la melodía que hace soñar, no suele dejar espacio á la sed por el mando que embriaga, por el poderío que deslumbra, por el encumbramiento que desvanece.

El esposo de la Reina Victoria fué director de Bellas Artes y estuvo encargado de la Exposición de 1851. Fuera de estos dos honrosos empleos, mantúvose apartado de los demás de la Corte, consagrándose á ser esposo ejemplar y padre de nueve criaturas, con lo cual dejó dicho que en el más interesante de los papeles no estuvo descuidado ni mucho menos.

Hace cincuenta y cuatro años el egregio matrimonio se hizo los retratos que en esta plana se reproducen.

Un año después, en 1862, el Príncipe moría dejando desolada á la Reina.

Al través del tiempo, la augusta viuda guardó fidelidad á la memoria del hombre que la había hecho feliz.

Los deberes de soberana la encontraron como siempre, respetuosa, pero como siempre también, enamorada del Príncipe que lo era de su albedrío en la Corte sin pompas donde todo y eternamente lo dispone el amor.

J. FRANCO RODRÍGUEZ

La actual resistencia formidable de los ejércitos moscovitas habrá recordado á técnicos y profanos, la célebre campaña rusa de Napoleón, en la que el genio militar del Emperador tuvo que ceder desastrosamente el paso al «General Invierno»...

Y, al mismo tiempo, se les habrá aparecido el famoso decreto de Moscou, estableciendo la reorganización de la Comedia Francesa... ¿Cómo podría Napoleón—nos preguntaremos siempre—, rodeado como estaba de circunstancias tan trágicas, atender en aquel momento á la vigilancia, á la contabilidad y á la disciplina del Teatro Francés, dedicándose á suscribir el decreto tres días antes de una dolorosa retirada á través de las estepas hostiles? ¿Cuál sería la disposición cerebral de un hombre que se ocupaba de las interioridades de la farsa, mientras la realidad enemiga se levantaba ante él, en sus aspectos más sombríos? ¿Acaso logró sorprender una evidente semejanza entre las hábiles combinaciones de la estrategia y el manejo oportuno de los elementos teatrales? Se ha supuesto, eso sí, buscando la lógica vulgar del suceso, que habiéndose recibido desde París, entre otros papeles, el decreto ya redactado, Napoleón le había firmado sin prestarle la menor atención.

Efectivamente, antes de emprender las operaciones de Rusia, hubo de encargarse á M. de Remusat, superintendente de los teatros imperiales, la preparación de un nuevo reglamento para la Comedia Francesa, enviándosele el documento á Moscou por uno de los correos que iban y venían entre París y el Cuartel general. Pero esa lógica vulgar es inaplicable á un hombre de excepción como éste. Lejos de verle firmando distraídamente, hay que suponerle examinando con exquisito cuidado cuanto se sometía á su definitiva conformidad. Además, en las *Memoires anecdotiques sur l'interieur du palais et sur quelques événements de l'Empire depuis 1805 jusqu'à 1814*, del conde de Bausset, y en los *Souvenirs d'une Actrice*, de Mlle. Fusil, existen testimonios directos de las preocupaciones escénicas de Napoleón durante su residencia en Moscou, y según esos datos, el decreto pudo ser firmado con perfecta conciencia de lo que se hacía.

Atended. Después del pacto de alianza entre Napoleón y el emperador Alejandro, sellado en Tilsit, actuaron á la vez dos compañías francesas en San Petersburgo y en Moscou. En la capital de las márgenes del Neva, Mlle. George, la célebre «societaria» de la Comedia Francesa, «amiga fidelísima de Napoleón», obtenía un triunfo inmenso. En Moscou la compañía estaba dirigida por Mme. Bursay. Menos dichosos, sin embargo, estos comediantes que sus compañeros de San Petersburgo, los cuales abandonaron á tiempo el territorio ruso, fueron éstos sorprendidos por el brusco éxodo de los habitantes indígenas, faltándoles, consecuentemente, los medios para repatriarse, puesto que todos los vehículos, incluso los más extraños, modestos y primitivos, habían sido utilizados por los moscovitas en su marcha.

Se registraron unos días espantosos para los desdichados artistas. «Los rusos—refiere el conde de Bausset—, al alejarse de su capital, no se habían preocupado, naturalmente, poco ni mucho, de la suerte de nuestros pobres compatriotas. Habiendo sacrificado á sus propios heridos, tenían que sacrificar cuanto les fuese extraño. Pero como esa indiferencia, muy fácil de explicar, no se limitó solamente al desprecio, nuestros comediantes fueron atropellados por los rusos que huían y en seguida por los soldados franceses que llegaban, nada interesados en

atender la nacionalidad de las gentes. El incendio coronó tales infortunios. Yo tuve ocasión de hablar del caso al Emperador durante su almuerzo, y en seguida ordenó que se les concediese un primer socorro, y nombrándome superintendente, me preguntó si la compañía quería dar algunas representaciones capaces de procurar distracción á ejército concentrado en Moscou.»

Las simpatías escénicas de Napoleón persistían, según se ve, en todos los instantes. Porque el teatro proyectado, llamado de Napoleón, comenzó, efectivamente, á funcionar. Mlle. Fusil nos dirá cómo se presentaron los artistas al nuevo superintendente: «El primer actor llevaba sobre su cuerpo, enteramente desnudo, un capote militar muy usado, cubriendo su cabeza con un gorro de la milicia nacional, recogido en la calle. El galán ostentaba una sotana de seminarista y un tricordio con magníficas plumas de general. El barba, iba descalzo, con un pantalón apezuado y un magnífico chaleco de peímetre. El traidor, en cambio, que no llevaba pantalón, se calzaba con unas magníficas botas Luis XIII y se envolvía en una amplia capa española, susstraída, en el último momento, del guardarropa del

co rublos ó cinco francos, cantidad desproporcionada y extravagante, después de todo, añadiendo que los francos se pagarían probablemente en asignados...

No hay qué decir que el público del Teatro Napoleón era exclusivamente un público de militares. Durante las once representaciones de la «temporada» se esperó en vano la asistencia del Emperador. Luisa Fusil, no obstante, asegura que Napoleón asistió á la representación de la ópera cómica *Guerre ouverte*. Lo cierto es que Napoleón organizaba en su residencia conciertos y diversiones, y que la resolución de firmar el decreto en el mismo Moscou obedecería á la buena conducta de los sufridos artistas del improvisado teatro.

Una conversación mantenida por el Emperador con Mlle. Fusil, el día en que las tropas francesas habían de evacuar la ciudad, demuestra el innegable interés de Napoleón. «El 19 de Octubre—dice la testigo—me recibió en audiencia, preguntándome las mejoras que, á mi juicio, deberían hacerse en «su teatro». Citó los nombres de muchos artistas parisienses, á los que se proponía llamar, inscribiendo de paso sus nombres

en un ancho papel. Me describía los medios posibles de conducirlos á Moscou, cuando un ayudante de campo de Murat penetró en la estancia, llevando una mala noticia. El rey de Nápoles había sido derrotado completamente cerca de Taroutino, al batirse con las tropas rusas del general Beunigseu. «Hay que acudir en su auxilio», dijo el Emperador, y me despidió. La orden de la evacuación de Moscou por parte de todas las fuerzas francesas se dió aquella misma tarde, y los comediantes, teniendo que elegir entre la miseria que les esperaba en una ciudad semidestruida y los riesgos de guerra que les amenazarían siguiendo la marcha de la *Grande Armée*, prefirieron partir con ésta.

Los desdichados habían de padecer todas las penalidades de la espantosa retirada. Muchos de ellos cayeron en el camino. El galán, abandonado con las piernas heladas, murió de hambre, sin socorro. Otro comediante, que conducía en un carrito á su mujer y á su hija, pereció ahogado con ellas al traspasar el Berezina. La primera dama, Mlle. Pereguy, recibió una herida, durante un ataque de los paisanos rusos, falleciendo algunos días después. Toda la familia de Aduet, actor de la Porte Saint-Martin, sucumbió víctima del frío. Excepción hecha de Mme. Bursay y de Mlle. Fusil, que lograron llegar á París después de mil desagradables incidentes, se ignora lo que fué del resto de la compañía del flamante «Teatro de Napoleón» en Moscou.

Así y todo, en aquel Moscou se había preocupado el Emperador, tres días antes de su desastrosa partida, de la reorganización de la Comedia Francesa. Y es que consideraba al teatro no sólo como un recreo, sino como un vehículo educador de las multitudes.

Y ved, de paso, la inquietante repetición de la Historia, al cabo de un siglo. Ved á las tropas de otro Emperador, gran amigo y gran protector de los artistas, invadiendo nuevamente el territorio ruso, mientras los moscovitas se repliegan con aquel orden y aquella serenidad que tanto perturbaba y tantos insomnios produjera al Invencible. Ved, en fin, al «General Invierno» disponiéndose también á lanzar sus avanzadas sobre los invasores imprudentes... Y recordad el calamitoso intento de repatriación de los pobres comediantes franceses de Moscou, humilde reflejo de la triste suerte que había de acompañar en su forzada renunciación á la soberbia *Grande Armée* napoleónica...

José ALSINA



Napoleón y su familia, en Saint Cloud
(Se una estampa de la época)

teatro. Mme. Bursay ostentaba un vestido rojo con pieles, según la moda de la pequeña burguesía rusa, pero carecía de enaguas, y el vestido en cuestión le llegaba escasamente á las rodillas; en cambio, se tocaba con un bonete de terciopelo negro á lo María Estuardo, enriquecido con grandes perlas falsas. En una palabra, parecía que se hallaban en disposición de asistir á un baile de máscaras, organizado por locos ó por mendigos.»

Era preciso, por tanto, preocuparse de que la compañía vistiese de modo más decoroso. Y como las administraciones militares habían reunido en la «Mezquita de Ivan» cuanto se había podido arrancar á las llamas, los comediantes encontraron allí lo que necesitaban, acoplado á su medida los trajes magníficos recogidos. Luisa Fusil dice, sin embargo, que en medio de aquel esplendor faltaba la ropa blanca, camisas especialmente. La «Mezquita», que era con seguridad la ortodoxa catedral de Ivan el Grande, proporcionaba á los artistas vestidos de los antiguos zares y patriarcas moscovitas, conservados como reliquias en las iglesias y los palacios del Kremlin.

El teatro se improvisó en el Hotel Pozuiakou, que ya había servido á una compañía rusa y que casualmente fué respetado por el incendio. Faltando el decorado y los accesorios escénicos, la pródiga «Mezquita» proveyó... Había telones con brocado de oro, vasos de precio, bronce raros y mármoles preciosos. Una araña inmensa, de plata maciza, arrancada seguramente de una iglesia, sirvió para la iluminación de la sala. La función inaugural del Teatro Napoleón se celebró el 7 de Octubre, representándose *Les jeux de l'Amour et du Hasard* y *L'Amant auteur et valet*. El precio de las localidades era el de cin-

LAS GRACIAS MODERNAS

“DULCE Y SABROSA”

Flérida, para mí dulce y sabrosa,
más que la fruta del cercado ajeno,
más blanca que la leche y más hermosa
que el prado, por Abril, de flores lleno.
(Garc'aso-Egloga III)

EN la edición de «Obras completas» de D. Jacinto Octavio Picón, se ha reimpresso por estos días «Dulce y sabrosa».

Hemos vuelto á leer la gentil y amable novela que, ha más de veinte años, dió á nuestras letras un blasón de encanto y á su autor la celebridad. Conserva todo su calor humano, toda su lozanía literaria. El insigne escritor puede ufanarse de esta victoria sobre el tiempo. Entre las liviandades y floñeces de nuestra burda novela actual, reaparece «Dulce y sabrosa» como una «diva» excelsa entre el coro zafio ó cursi.

La heroína de Picón tiene valores permanentes de realismo idealizado y de idealismo real. Es, como su maestra y precursora Berta Bovary, una Gracia vestida por el Deseo. Para nuestros noveladores pseudo sentimentales ó francamente, innoblemente eróticos, estas penumbras de las almas y del estilo son castillos inexpugnables. Ellos no ven—ojos de arriero ante Maritornes ú ojos de colegiales papanatas—más que la luz escandalosa y cruda del burdel ó la sombra, fría y estéril, del seminario.

Sin embargo, la «realidad real» da estas mujeres «agridulces» con la naturalidad y abundancia que el rosal sus rosas y que la noche sus luceros. Las vemos, de mañana, bajar del «auto» en las iglesias y en las perfumerías, con un gallardear de plumas y un lucir de botinas blancas.

Las volvemos á ver, por la tarde, en la Caste-

llana ó en el Retiro, lánguidas sobre los cojines del carruaje, ó vivamente airosas, á pie, llevando de una mano al hijo y asiendo, con la otra, el cordón de un faldero adornado y torpe.

En fin, de noche reaparecen en el teatro, llenando las plateas con el fulgor de sus brillantes y la opulencia de sus descotes sabios. ¿Quiénes son? Los puerilmente presuntuosos preguntan. Los discretos callan. Los melancólicos contemplan...

¿Qué importarán, ni el nombre, ni la condición, ni siquiera la ideología de estas mujeres? Son «mujeres encantos»; para contempladas en silencio. Son «mujeres relámpagos»; para olvidadas, luego del fulgor. En la adorable dinastía,

estas mujeres elegantes tienen irresistibles atracciones; pero como las flores y las mariposas, se deshacen entre las manos...

Mujeres perspectivas; todo su encanto está en el lejos. Mujeres arco iris, no son musas de amor, sino fenómenos de óptica. Pintadas, perfumadas, vestidas primorosamente estas gracias modernas realizan su misión decorativa con la pompa de un rito antiguo y la gravedad de un deber nuevo.

Diríase que todas las mañanas, cuando como Venus Anadiomene salgan del baño, perfumadas y lustrales, escogen en su guardarropa diferente, según el día, como los sacerdotes escogen las casullas, según el rito.

Luego, vestidas, enjoyadas, ataviadas, unguadas del encanto y adiestradas por el deseo, estas gracias modernas se lanzan á la calle á cumplir su misión voluntaria, altísima; la de igualar, siquiera un instante, á ricos y pobres en el deleite de los ojos y á dichosos é infortunados en el compás de los suspiros...

CRISTÓBAL DE CASTRO

DIBUJO DE F. RAMÍREZ





Paisaje vasco

FOT. ESPIGA

RECUERDOS ENTRE MONTAÑAS

Al volver tras larga ausencia — ahora tres años me parece muy largo — á ésta mi nativa tierra, ¿qué puedo hacer mejor que recorrer los verdes y frescos repliegues de las montañas que abrazan á Bilbao y donde abrigué mis ensueños de los veinticinco años? Los hombres, los amigos se van, tengo ya aquí más muertos que vivos, pero las montañas, vivas también, tan vivas acaso como los hombres, quedan. Tal vez en uno ú otro trecho el hombre codicioso, como un bichillo de la sarna, ha convertido la fresca verdura de las laderas en rojos manchones de minas de hierro y ha puesto un lavadero de mineral donde antaño me tendí á soñar á la sombra de un haya. Y en dulces días de llovizna, de *sirimiri*, ¡cómo goteaban las verdes hojas sobre los brezos y las argomas!

En el llano, en las óseas parameras castellanas donde he secado mis huesos del cuerpo y del alma, se marcha entre cielo y tierra, en el centro del vasto círculo del horizonte, como sin apoyo ni protección; aquí, bordeando un sendero de montaña como que uno se arrima de lado á la tierra, al pecho maternal y que éste nos apachuga. Guárdanos unas veces del sol, otras del aire, otras del hostigo de la lluvia. Y en un repliegue verde y umbroso del regazo de la montaña se siente como dos grandes brazos de tierra que nos ciñen y adormilándose allí hasta se llega á oír el canto de cuna. Un canto que á las veces parece canto de sepultura.

¡Tristezas de la adolescencia convertidas por una divina magia terrena en un íntimo y dulce contento de atesorar esperanzas! Hay una enfermedad de la encina que ablanda y adulzora la bellota haciéndole destilar la dulce mangla, que buscan las abejas con afán para hacer sus mieles. Y hay mieles en el alma que proceden de la mangla de nuestros enfermizos derretimientos de la mocedad.

Ayer iba á la ermita de San Roque, del San Roque llamado aquí de Francia — al otro lado opuesto, derecha del Nervión, se alza otra ermita de otro San Roque, el de Vizcaya — y faldeado Arnótegui di una vez más vista á aquella hondo-

nada, al pie de las peñas de Pagazarri. Fué mi primera revelación de la majestad montañesa.

Del un lado á la derecha de la ría, estaba el suave cordón de Archanda, soleado y alegre, despejado y risueño, dominando dos valles y al abra por delante, pero cuando quería acariciar profundas melancolías, gozar la trágica voluptuosidad del dolor sabroso, cultivar el alma del alma, solía irme, dando espalda á la Villa, á dar cara á la hondonada de Buya, entre el Arnótegui y el Pagazarri, ó á hundirme allá abajo, entre las hayas, fingiéndome tomar un baño de limpieza. ¡De limpieza de la civilización! Porque entonces, lector de Rousseau, era odiar la civilización aspirando á la vida de la Naturaleza, y á la ignorancia, y á la inocencia de los fantásticos hijos de ésta. Y aquella cuerda, aquel repliegue sonoro del alma, que se me formó entre los repliegues de mis maternas montañas, suena todavía.

Suena ese repliegue cuando me pongo á defender la civilización, tratando tal vez de diferenciarla, por un exceso de sutileza, de la cultura; suena cuando me burlo de la ciencia.

¡Hondonadas de Buya que sombrearon y ensombrecieron las hondonadas de mi espíritu! ¡Pero no, no! Las serenaron. Cuando el hombre en la tierra, entre los montes, á la orilla de los regatos que manan á la sombra de los árboles cuyas hojas gotean sobre las aguas que se van, encuentra las raíces de su melancolía y de su descontento, llega á aquel punto donde la serenidad nace, donde brota el placer de la tristeza. Pasa allende la tristeza y la alegría, la pena y el goce, ó más bien se hunde por debajo de ellas, por debajo de lo que las distingue, en la vida pura, en la vida desnuda. ¿Cómo podría vivir un enfermo y rechazar la muerte agarrándose á la esperanza si el íntimo y callado goce de vivir no fuera en el más fuerte que la pena toda de su enfermedad, por dolorosa que ésta sea? ¿Y ese íntimo goce, sin palpitaciones de deleite, sin convulsiones de gusto, ese goce como el agua umbrosa que corre en las montañas á la sombra de los árboles que gotean, dónde encontrarlo sino

aquí, apachugado por la tierra nativa, ceñido por sus gigantes brazos de verdura?

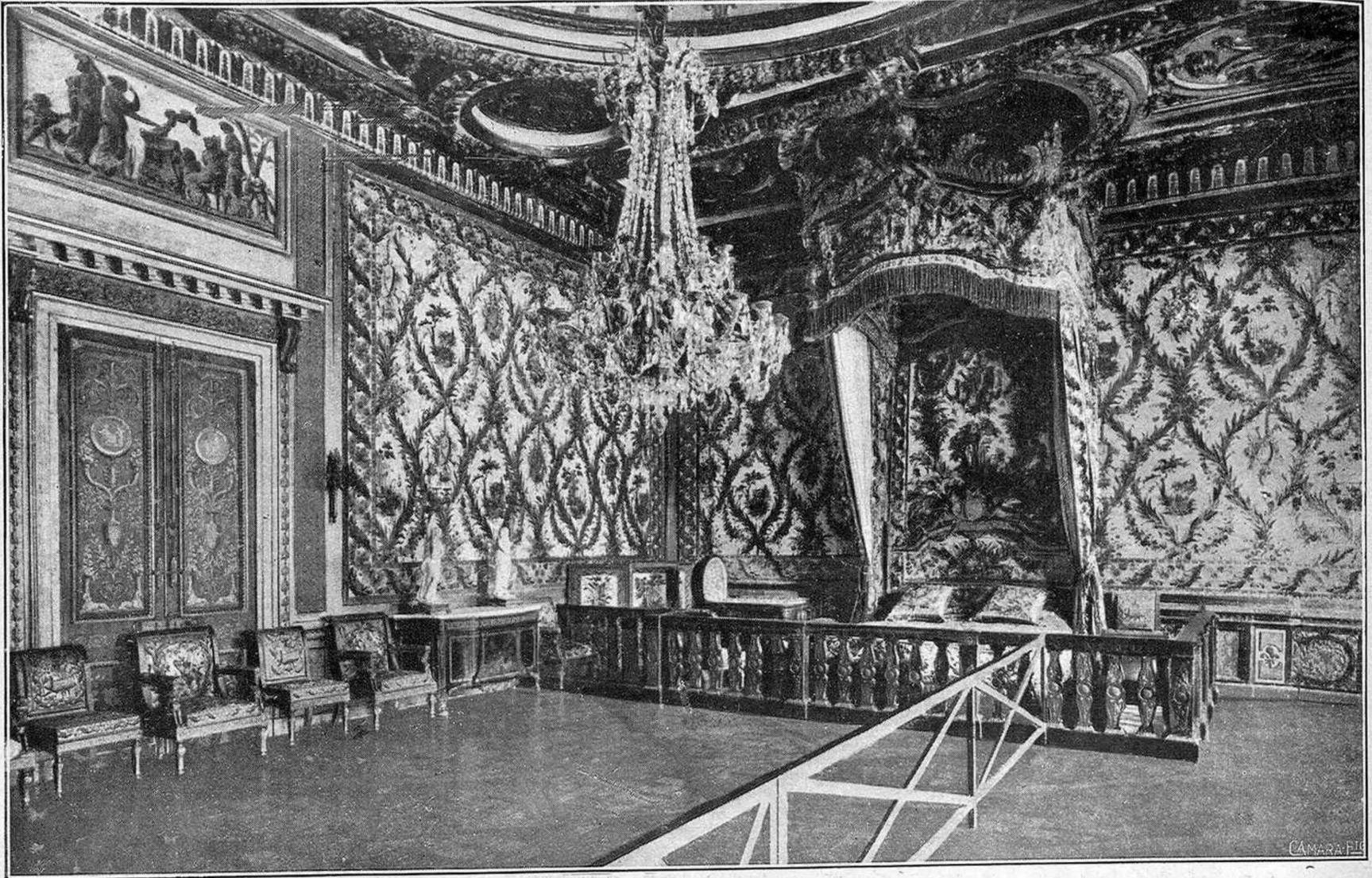
Hay en la *Tentación de San Antonio*, de Flaubert, un pasaje que se cita á menudo, en que el Santo en un momento de suprema desolación, de íntimo abandono, desea confundirse con la tierra, hacerse tierra, ser tierra. Ello parece la última expresión del anhelo de inconciencia, acaso del hambre de no ser. Y sin embargo, bien sentido, no es así; es todo lo contrario. Recuerdo que en aquellas mis soñaciones de mocedad, cuando me tendía bajo un árbol, en la falda del Pagazarri, á hacerme el mundo que tenía delante llegué á fingirme, primero, que mi conciencia se engrandecía y derramaba por la tierra que me servía de sustento y que eran olas de mi pensamiento las cumbres de Oiz, de Urdala, de Amotz, de Sollube, penetrando en el cielo. Pero luego daba en pensar que no era así, sino que la conciencia me venía de la tierra, que era yo como una planta que por sutiles raíces recibía del suelo sus soñaciones. Y es desde entonces desde cuando me persigue la vieja idea, la idea multisecular, de que nuestra Tierra es también un grande animal que piensa y sueña y cree y espera, y que hay en el sentido más estricto, un Alma del Universo y que esa alma es Dios. (Aquí un pedante dogmático exclamará: ¡panteísmo puro! ¡Bueno!)

¿Quién me ha hecho esta alma que ha gozado en el combate, que ha comprendido lo del *dolor sabroso* teresiano, que ha hallado la alegría de la tristeza y la tristeza de la alegría, que ha hecho de un pesimismo transcendente el sostén del inmanente optimismo, quién me ha hecho esta alma sino vosotras, montañas de mi tierra vizcaína? Fué en tu regazo umbroso, en que canta la lluvia, Pagazarri, donde aprendí de *Obermann* que si es la nada lo que nos está reservado debemos hacer que sea ello una injusticia. Y ahora es á tu regazo adonde vengo por fuerzas para seguir luchando por la lucha.

MIGUEL DE UNAMUNO

Bilbao, 1.º-9-15.

UNA REINA Y UNA COMEDIANTA



La alcoba de María Antonieta en el Palacio de Fontainebleau

SAINT-BEUVE, el admirable escritor francés, no es sospechoso de monarquismo, y sin embargo, he aquí sus palabras: «No creo que pueda existir monumento de estupidez más atroz, más ignominioso para nuestra especie, que el proceso de María Antonieta, tal cual puede leerse reproducido en el tomo XXIX de la *Historia parlamentaria de la Revolución francesa*. La mayor parte de las respuestas que dió á las acusaciones están truncadas ó suprimidas; pero como en todo proceso inicuo, el texto sólo de las imputaciones se vuelve contra los asesinos.»

¡Asesinos! No hay otra palabra para juzgar á los que hicieron rodar bajo la cuchilla de la guillotina esta cabecita de mujer. La *austriaca*, la hija de María Teresa, estaba conformada espiritualmente para ser la heredera apacible y algo pastoril del Imperio, más bien que para reconquistar ella misma su reino; sobre todo, bajo aquella frente augusta, era la mujer amable, la amiga constante y fiel, la madre tierna y solícita. Preguntad á la Revolución: «¿Cuál fué su delito?» Acumulad contra ella todas las difamaciones, todas las salvajes acusaciones de los libelos y los anónimos que los precedieron, y muchos de los cuales salieron de la misma Corte, de los mismos cortesanos que no hallaban en sus reyes bastante complacencia con sus pasiones ó suficiente protección para sus negocios y, aun así, aun aceptando que todo ello fuera verdad, los delitos de la reina son debilidades de mujer, juegos de niña, futilidades candorosas como la perpetua comedia de vida pastoril en el Trianón.

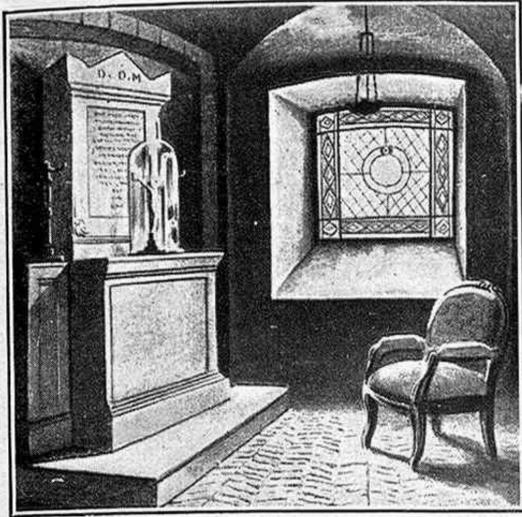
En cambio, los dos últimos años de su vida bastarían para hacerse perdonar mil veces más faltas de las que pudo cometer en sus juveniles años. Prisionera



MARÍA ANTONIETA

en su casa, en perpetua angustia, se la ve purificarse y fortalecerse cada vez más en sentimientos maternos, familiares y de dignidad personal que sólo pueden influir en las almas naturalmente buenas y no corrompidas. En los días fatales, en los días de insurrección y de motín, cuando toda su casa es invadida, siempre está en su puesto, arrojando la tempestad con altivez, con nobleza, con clemencia, al mismo tiempo que cubriendo con su cuerpo á sus hijos. El último día, el día supremo de la soberanía real, ve á su marido resignarse á morir como cristiano y no como rey, y ella misma se somete á aquel heroísmo paciente para el que se necesita mucho más esfuerzo de voluntad que para rebelarse. Apenas se halla encerrada en el Temple borda tapicería, se ocupa en la educación de su hija y de su hijo, compone para ellos una oración que les hace aprender y se acostumbra á apurar aquel cáliz de amargura, en silencio, sin una queja. Sintió el primer escalofrío de la muerte cuando vió que presentaban delante de las rejas de su prisión la cabeza cortada de la princesa de Lamballe. Sus ojos se nublaron de lágrimas, pero no tuvo una palabra de protesta, de asco, de maldición contra aquella cruel y estúpida tortura de enseñarla la cabeza de su pobre cortesana cercenada por la cuchilla implacable. Al salir del Temple para ser conducida á la Conserjería, iba erguida y no reparó en la escasa altura del postigo de salida, dándose un golpe en la cabeza, y como le preguntaran si se había lastimado, respondió: «¡Oh, no; ahora nada puede hacerme ya daño!» Y así, con esta dignidad, con esta grandeza de alma, llega hasta la guillotina.

En el Temple se había concertado un proyecto de evasión y María Antonieta



La celda de María Antonieta, en la Conserjería

de intimidad y de cariño, y por eso buscaba la amistad adicta y confiada de algunos grupos de la Corte, que tan pronto la creían suya, querían ponerla al servicio de sus pasiones. Esto la contrariaba y enardecía... Luego en aquella Corte perduraba la visión de las amantes de Luis XIV viviendo en las cámaras regias, influyendo en la política, dirigiendo los negocios del Estado y perduraban aún las intrigas de los bastardos...

Se quería resucitar todo aquello. Las cortesanas se ofrecían al rey; los cortesanos ponían sus ojos en la reina...

Y fuera, en los suburbios de París, en los campos lejanos, se forjaba la Revolución...

□□□

Imaginad el talento que necesita tener una comedianta para reproducir sobre la escena este carácter, tan sencillo y tan complejo a la vez, y á la que suceden tan extraordinarias é inesperadas adversidades, que no las ha habido mayores en la Historia. Ninguna mujer ha sufrido tanto.

En una noche, en la que precede á su regreso de Varennes, su cabellera encanece. A los treinta y seis años quedó como si tuviera setenta. Tales fueron aquellas horas de angustia y de dolor.

Monna Delza, la actriz francesa, ha conseguido hacer resucitar á María Antonieta ante los ojos de nuestra generación asombrada... Aquella dulzura, aquella frivolidad, aquel temor de las gentes—¡como un presentimiento!— que la hacía creerse feliz en la pueril comedia pastoral del Trianón, aquella pesadumbre de sentirse reina sin querer dejar de serlo, aquel temor de que surgiera en la Corte una Montespan, una Maintenon y se le llevara el corazón del Rey, y luego, puesta á prueba la fragilidad de su carne, aquel valor heroico, aquella espantable resistencia física, aquel amor maternal, aquella serenidad augusta con que llega á la guillotina y sube á su platatorma y se entrega al verdugo... ¡Esta comedianta ha sabido hacer más que los mismos historiadores!

Porque los historiadores jamás nos ofrecerán, como Monna Delza, aquella visión de María Antonieta, que hace exclamar á los espectadores cuando cae el telón: ¡Ya véis si fué iniquidad asesinar á esta mujer!

DIONISIO PÉREZ

consintió en ejecutarlo; pero cuando llegó el momento y vió que tenía que dejar á sus hijos en aquella horrible cárcel, se negó á salir. Y al día siguiente, escribía en una carta: «Por grande que hubiese sido la dicha de verme fuera de aquí, no puedo concebir la idea de separarme de mis hijos. Esto hace que no sienta haber desaprovechado la ocasión de verme libre.»

Y más tarde escribe en otra carta, en su última carta: «Acabo de ser condenada, y no á una muerte vergonzosa. Esta no lo es más que para los criminales. He sido condenada á ir á reunirme en la otra vida con el rey. Inocente, como él, espero mostrar su misma firmeza. Estoy tranquila, como se está cuando la conciencia nada reprocha; no tengo más pena que tener que abandonar á mis hijos...» Así escribe la niña ligera y casquivana á quien los franceses odiaban porque jugaba á olvidarse de que era reina y á soñar que era pastora en una Arcadia donde Rousseau hacía también de pastorcito.

Sus mismos verdugos tienen que recoger esta grandeza de alma maternal en las inicuas páginas del proceso. Querían también la cabeza del Delfín.

El Delfín era un niño y, sin embargo, se hacían horribles imputaciones sobre su inocencia. Y el Tribunal tuvo la crueldad de pedir declaraciones sobre ellas á María Antonieta. Respondió con una sola frase: «Apelo á todas las madres.» Es el grito supremo que domina su vida, el grito que conmueve las entrañas y que resonará algún día en las páginas de la Historia cuando la Humanidad se disponga á maldecir las naciones que fueron crueles.

¿De qué fué culpable esta mujer? Llegó á la Corte de Francia cuando tenía quince años, y conoció la vida disipada y galante de aquel siglo corrompido, sin que, en realidad, se contaminara de aquellas licencias, que estaban, no en el trono, sino en la entraña misma de aquella sociedad.

Educada en la Corte, donde su madre María Teresa, aparecía todopoderosa, vió sobre sus sienes la corona de Francia, cuando apenas había dejado de ser niña. Creyó que, reina, podría satisfacer su ideal de vida, y su ideal de vida era un sueño infantil. La abrumaban las ceremonias de la Corte; la abrumaban, más aún, las cualidades raras de su marido, débil y tímido, pero brusco y rudo y especialmente desabrido con las mujeres. Ella quería ser reina; pero aparecía desempeñar su papel en un ambiente



La célebre actriz francesa Monna Delza, en el drama "María Antonieta"



AYER

Dibujos de R. Veré

Los que no alcancen á recordar la grandeza de los antiguos combates navales, entre los navíos y galeones con su velamen soberano, sus castillos soberbios y sus bandas erizadas de cañones, no podrán comprender en la moral de los combatientes. Con los grandes acorazados se pelea á tales distancias, que apenas se d'visa al adversario; en el submarino cada hombre debe de sentir la sensación de haberse

LAS CIUDADES TRÁGICAS
SALÓNICA, LA PERLA DEL EGEO

SALÓNICA fué, por mucho tiempo, una legítima ambición griega. Puerto importante en el Egeo, comunica con la gran arteria central de los Estados balcánicos por Adrianópolis y Nich; un ramal enlaza la histórica plaza con Monastir.

En el tercer avance de las fuerzas helénicas contra los otomanos, en Octubre de 1912, el día 30 dieron los griegos vista a la bella ciudad. Los turcos se retiraban en trágica derrota y el ejército del Rey Jorge continuaba su marcha triunfal, llevando como direccriz la carretera y vía férrea Verria-Salónica. El grueso de las fuerzas otomanas ocupaba posiciones en el flanco izquierdo de la línea de marcha, por lo que los griegos ejecutaron un notable cambio de frente para batir a las huestes de Tashin Pachá, completadas con los vencidos por los servios y los derrotados por los búlgaros: un total de 25.000 hombres, con seis baterías y algunas ametralladoras. Malo era el tiempo; la lluvia y la nieve pertinaz é intensa hostilizaban la maniobra. Tras ruda y tenaz pelea, los soldados helenos arrojaron a los turcos de sus sólidas posiciones, y ante la proximidad de la derecha del ejército búlgaro, que se hallaba ya á una jornada de Salónica, los otomanos huyeron desmoralizados, destruyendo é incendiando el puente de madera del camino y dejando poco menos que intacto, por ser de hierro, el del ferrocarril.

El Vardar tiene en esta parte una anchura que oscila entre 120 y 500 metros, y la velocidad de su corriente era en aquellos días de 20 metros por segundo.

En la noche del 7 de Noviembre todo el ejército griego había pasado el río y amagó un ataque envolvente á las alturas NO. de Salónica, donde, al parecer, se hallaban los restos del ejército otomano batido; mas Tashin Pachá juzgó asaz crítica su situación, por falta de base libre para una retirada, y en la misma noche envió parlamentarios acompañados del cuerpo consular y autoridades militares y propuso la rendición de la plaza sobre las bases de libertad para las tropas que la guarnecían y conservación de los fuertes que defendían la entrada del puerto. No aceptó el príncipe griego las condiciones, y al iniciarse en la mañana

del 8 el movimiento envolvente, volvieron los parlamentarios reduciendo sus aspiraciones á la conservación de 5.000 fusiles para custodia, por las mismas fuerzas turcas, de la guarnición prisionera; nueva negativa helénica y rápido avance de la caballería con una hora de plazo para atacar la derecha turca; mas antes de finalizar tan breve espacio de tiempo, Salónica se

rendía sin condiciones, cayendo en poder de los griegos 97.000 prisioneros, cerca de 60 cañones de todos calibres, unos 45.000 fusiles, los fuertes y la ciudadela, de escaso valor táctico por su viejo artillado.

En lo sucesivo fué Salónica, como lo es hoy, una excelente base de operaciones terrestre y naval.

Mucho influyó en esta victoria helénica la oportuna cooperación indirecta de búlgaros y servios en los momentos más decisivos, pues por la proximidad de la derecha búlgara pudieron las fuerzas helénicas pasar sin entorpecimientos ni lucha el río Vardar.

Grecia debe su educación marcial á misiones francesas de jefes y oficiales de las diversas armas y servicios, y sólo en cuanto á municionamiento atañe tiene elementos propios en sus fábricas nacionales; en todo lo demás es tributaria de los grandes pueblos de Europa.

El uniforme de campaña del ejército griego es de paño kaki obscuro y se compone de teresiana baja, guerrera de cuatro bolsillos, dos en el pecho y dos en los costados, pantalón sencillo, bota boreguí, guets ó bandas de paño para las gentes de á pie, y media bota para las montadas, capote-paletó, holgado y corto.

Todo el ejército usa este uniforme, menos los cazadores (*evzones*).

Se distinguen las diversas armas y servicios por el color de las hombreras, los cuerpos por los números y los empleos por insignias en los hombros.

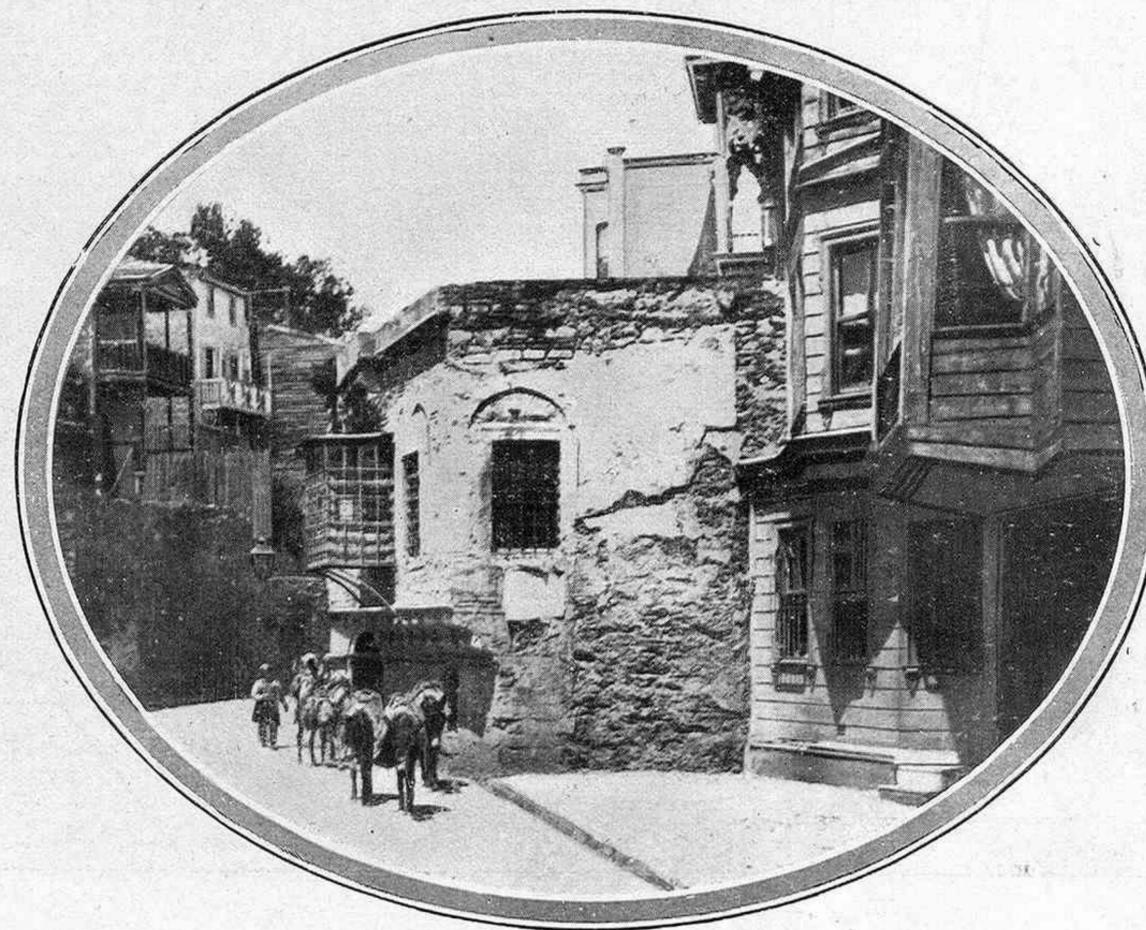
El uniforme de los cazadores es el albanés; pero también de paño kaki. Fusil y carabina Mannlicher, ametralladoras Hotchkiss y Schwarzloss, cañones modernos Schneider-Canet-Danglis y antiguos Krupp, constituyen los modelos de su material bélico.

Venizelos, presidente del Consejo, con las carteras de Guerra y Marina, fué auxiliar eficaz del Rey Jorge y del Príncipe Constantino.

La antigua Tesalónica, activa, comercial, industrial, vuelve á ser de nuevo víctima de los humanos rencores y base de desembarco y de operaciones de las huestes aliadas en esta general y prolongada contienda.



Una calle típica de Salónica

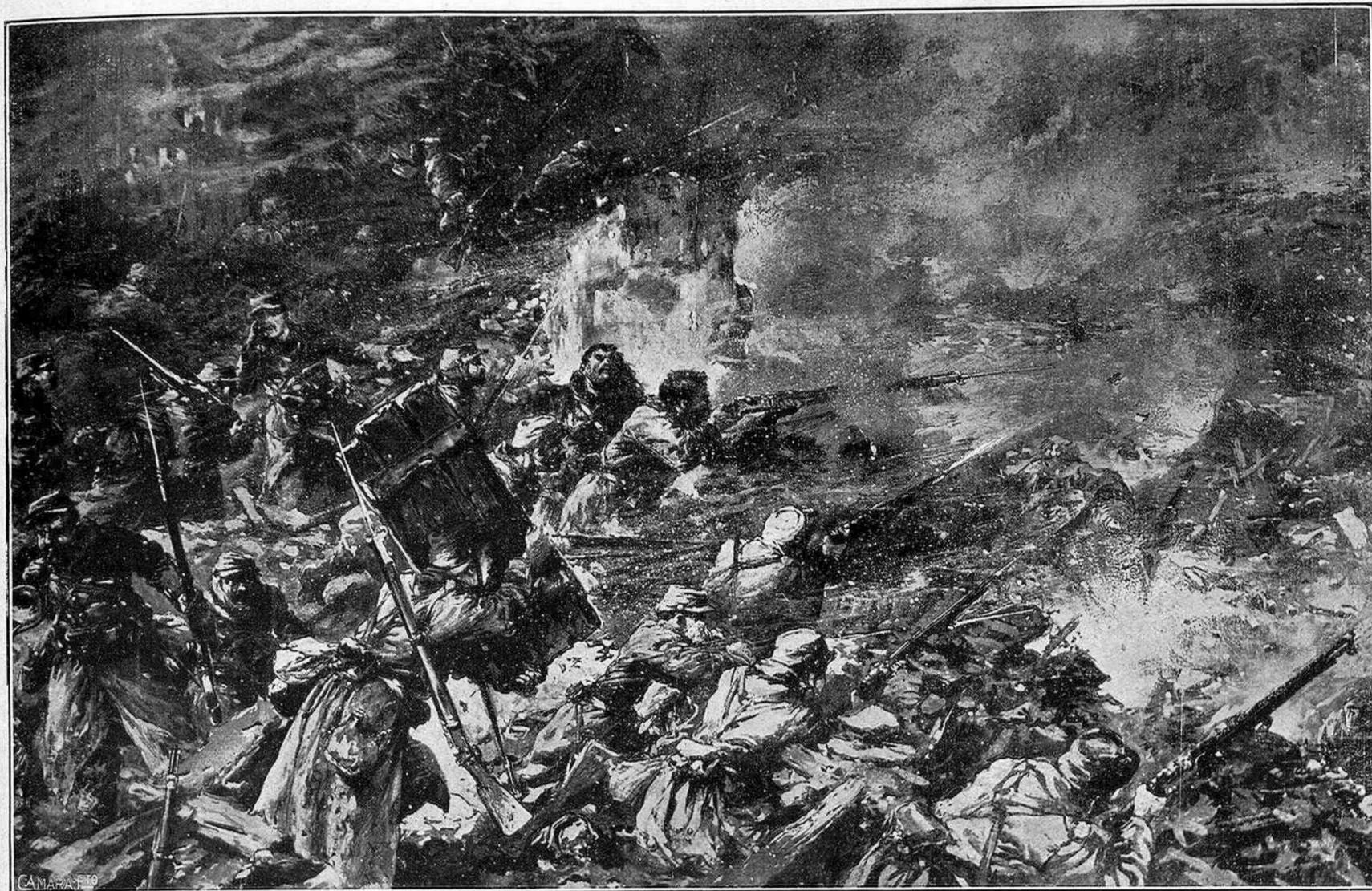


Rincón pintoresco de Salónica

FOTS. CHUSSEAU-FLAVIENS

CAPITÁN FONTIBRE

EL MILAGRO DE FRANCIA



Regimiento francés rechazando un ataque alemán en las Argonas

DIBUJO DE P. THARIAT

A los catorce meses de guerra un avance francés en la Champaña ha hecho á los alemanes 120.000 bajas y ha recuperado un centenar de kilómetros cuadrados de territorio. El mundo se sorprende ante esta resistencia de un pueblo al que hace trece meses daba por muerto. Pero no los franceses. Sabían por adelantado que solo la tenacidad podría salvarles y sus escritores militares habían preparado el espíritu público para una guerra larga.

Pero lo curioso de la Francia de ahora es que no tiene un rey aureolado por una tradición como Luis XIV, ni un caudillo consagrado por la victoria, como Napoleón, ni estadistas que logren reunir en torno suyo al pueblo, como Gambetta. No hay un «hombre» en la Francia de hoy, pero las cosas se hacen igual que si lo hubiera.

Pensad en la Francia de hace dos años. Parecía presa de todos los espíritus malignos, que son los espíritus de la disolución. No quedaba en ella hombre, ni clase, ni institución que tuviera prestigio. ¿La República? Era la república de los «camaradas», como se la había calificado con frase duradera. Los «camaradas» eran dos centenares de exministros que se tuteaban entre sí, y repartían los beneficios del Poder con tres ó cuatro mil caciques de los pueblos.

¿El ejército? El asunto Dreyfus había destruído su aureola. ¿La Iglesia? Los más de los franceses habían dejado de ser católicos y la mejor parte de la intelectualidad de sentimientos religiosos se había declarado «modernista». ¿La antigua aristocracia monárquica? Las disputas del Príncipe de Sagán con el marqués de Castelloni por los millones de una norteamericana, habían revelado en ella una corrupción del mismo género que la reinante entre los periodistas y políticos del asunto Calmette-Caillaux.

Y en el Poder los políticos, con su incompetencia irremediable, con su venalidad básica, resultado de no desempeñar ninguna función necesaria en la disciplina social. Y por debajo y por encima de los políticos toda suerte de influencias nefastas: los industriales de la pornografía, los industriales del alcohol y los industriales del juego, especialmente.

Por debajo de un régimen gobernante corrompido, la sociedad entera parecía disolverse. No había modo de meter en cintura ni á los obreros, ni á los maestros de escuela, ni á los empleados de correos, ni á nadie. La noción del patriotismo se estaba perdiendo, en la furibunda campaña pacifista, internacionalista y antimilitarista de los jefes obreros. Y los «patriotas», á su vez, eran hombres que no veían en la expansión colonial de Francia más que la ocasión de hacer negocios.

Por debajo de todo esto se hallaba, es verdad, Francia, el pueblo francés, trabajador, económico, gruñón y reflexivo á la vez, pero sin ideales de que se tuviera la menor noticia. Y cuando al cabo de los desastres de Charleroi y la Lorena el ejército alemán rompió hace un año por veinte puntos la frontera francesa, ¿no podía temerse que se acercaba para Francia el principio del fin?

Actualmente los alemanes no temen á nadie tanto como á los franceses. Saben que los oficiales de Francia son científicos, incansables, eficaces é ingeniosos no sólo para adaptarse á las condiciones nuevas de la guerra, sino para imponer al conflicto armado sus ideas. Saben también que los soldados de Francia han aprendido á ser pacientes. No tienen ya ilusiones de gloria. Todo el antiguo aparato de las banderas y las panoplias y las músicas ha desaparecido. El gallo no es ya el animal simbólico de Francia.

El soldado galo es ahora un burgués que no quiere seguir viviendo bajo la pesadilla del temor al poderío militar de Alemania. Y en este pensamiento se cifra todo el secreto de su fuerza, de su paciencia, de sus sacrificios. «Nunca más», se dicen unos á otros los soldados en las trincheras. Quieren que sus hijos vivan tranquilos. Saben que ello no puede conseguirse mientras perdure la supremacía militar de Alemania. Saben también que es muy difícil de destruir esa supremacía y que sólo con la ayuda del tiempo será posible realizar ese ideal. Pero confían en el tiempo y se disponen á aguantar otro año, otros dos años.

Para que el aguante sea posible ha tenido el francés que aprender á vivir de otro modo. En un sólo día suprimió su ajeno. Ahora está su-

primiendo el consumo de licores. Sus industrias pornográficas han desaparecido. De las disputas de sus políticos no queda ya ni sombra. ¿Quiénes son? ¿Dónde están aquel Briand, y aquel Barthou, y aquel Caillaux?

No queda más hombre que Joffre y lo característico de Joffre es que no es un caudillo, sino un francés como los otros, al que le molesta el campamento y las espuelas y el ruido del cañón y al que le hace llorar la vista de un herido. Es también un burgués que se dedica á la guerra porque no tiene más remedio. Y por eso le rinden los franceses una obediencia como jamás se la rindieron al mismo Napoleón.

Los franceses no se han disciplinado, porque alguien les haya metido en cintura. Se han disciplinado porque no tenían más remedio que disciplinarse. Es la necesidad la que les ha disciplinado, y no hombre alguno. La invasión alemana les puso ante el dilema de sacrificarse para rechazarla ó someterse (y someter á sus hijos y á sus nietos) á la voluntad del vencedor.

Desde el momento en que los alemanes cruzaban la frontera no era posible que se mantuviera la antigua indisciplina. Los franceses tenían que elegir entre disciplinarse por sí mismos ó dejarse disciplinar por los alemanes. Han preferido lo primero. Esta preferencia constituye «el milagro de Francia».

Pero, en rigor, no es ningún milagro. Es la necesidad siempre lo que determina los cambios radicales de conducta. La sola idea de que una cosa es buena no basta para movernos á hacerla.

La acción se funda en dos cosas distintas. Una es la conciencia de que la cosa por hacer es buena ó útil. Otra el sentimiento de que es necesaria. El fracaso del quijotismo consiste en que pretende realizar el bien, cuando no ha sentido aún el estímulo de su necesidad.

Todos nuestros descuidos se explican por el hecho de que las montañas del Norte nos ponen á cubierto de la constante amenaza de una invasión extranjera.

RAMIRO DE MAEZTU

Londres, Octubre, 1915.

RECUERDOS HISTÓRICOS
DON RODRIGO, EL DEL ADAGIO

«Es: e que en la fortuna más crecida
no cupo en sí, ni cupo en él la suerte,
viviendo, pareció digno de muerte,
muriendo, pareció digno de vida.
¡Oh Providencia nunca comprendida,
auxilio superior, aviso fuerte,
el humo en que el aplauso se convierte
hace la misma frente esclarecida.
Calificó un cuchillo los perfitos
medios que religión celante crdena
para ascender á la mayor victoria,
y trocando las causas sus efectos,
si glorias le conducen á la pena,
penas les restituyen á la gloria!...»

El Conde de Villamediana.

Muy grande verdad es aquello de que las torres más altas, son las que suelen padecer más lamentable ruina. Díjéralo si pudiera aquel D. Rodrigo Calderón, Marqués de Siete Iglesias, que en las postrimerías del reinado del tercero Filipo, tuvo por suya la riqueza de España.

Viniéndose á cumplir por ahora doscientos ochenta y cuatro años, del mal fin del dicho prócer (y más que por sus culpas por la intriga y el odio cortesanos), pareceme que es bien hacer recuerdo de su tránsito ejemplar y tan extraño á la condición que usó cuando era alguien...

Su misma casa de la calle de Convalecientes (á lo que tengo entendido, el viejo y remozado palacio que sube por la encuestada calleja de la Estrella), había treinta y dos meses, desde la formación de su embrollada causa, que servíale de cárcel.

Es la noche del martes 19 de Octubre de 1621. Poco ha que trajo el eco desde un campanario vecino, el toque de ánimas; D. Rodrigo desde le oyera fuése al reclinatorio en que á todas horas le aguardan los brazos abiertos de un Crucifijo; quedamente se descorre un tapiz y en el centro de la puerta que oculta, aparece la blanca figura del religioso carmelita Fray Gabriel de la Concepción.

Así como D. Rodrigo dase cuenta de que no está solo, suspende la devoción y acude á recibir á su paternidad; entendía que era su confesor Fray Gabriel del Santísimo Sacramento, pero queda enterado de que una repentina dolencia obligaba á enviar sustituto, el cual, en virtud de orden que ha recibido del gobierno de Su Majestad, lleva la terrible misión de comunicarle que aquella sea la última noche que pase en este valle de lágrimas.

—Pues ¿qué le trae, padre?—preguntó cortésmente D. Rodrigo.

—Deseos de pasar la noche con vuecelencia, si no enfada—respondió el religioso, dejando piadosamente para más tarde la verdad de su visita.

—Antes será de mucho gusto pasarla toda ella hablando de cosas que me son tan necesarias, para la salud del alma, ya que el cuerpo habré de dejarle aquí, en siendo el Rey servido.

Y comiézase la charla piadosa, que por la mucha erudición teológica de entrambos personajes, más parece erudito coloquio entre dos graves doctores de la Iglesia.

—Bien puede ver vuestra reverencia—dice don Rodrigo—que tengo grandes deseos de trocar estas miserias de la vida temporal, por las sublimes venturas de la eterna, donde todo es grande y sin mancha de pecado, y esté seguro de que iré á ella sin llevar en el alma la más pequeña sombra de rencor contra los enemigos que me perdieron.

Piensa el padre Gabriel, que por la serenidad de conciencia y olvido total de las pasiones humanas con que habla el desdichado, sufrirá con mansedumbre el fatal advertimiento, y le dice:

—Pues, por aqueza mesma conformidad, para dar á vuestra señoría prendas de su gloria, quiere el mismo Señor, Rey de los Cielos y la Tierra, venir mañana á darle las gracias por su buen propósito, pues el jueves, sin más demora, ha de tener vuestra señoría que emprender un largo viaje.

Un rato quedase en silencio y con la vista fija en el suelo desde que tal oyó, pues ya no tenía duda alguna de lo que las palabras del fraile querían decir.

Arrodillase ante su compañero y maestro de

agonía, que es la imagen crucificada del Salvador, y dice por tres veces: «Hágase en mí, Señor, vuestra santísima voluntad, que siempre, en sabiendo que vos me las enviáis paso con gusto todas las tribulaciones y congojas.»

Y en ejercicios piadosos y devotas controversias y disquisiciones, pasa toda la noche hasta que la luz primera del día entrase por los empañados vidrios del balcón.

Un poco se ha reclinado sobre el duro camastro que por voluntad propia le sirve de lecho. Más la impresión terrible que le produce el considerar que de allí á las dos de la tarde no existirá en el mundo, quítale al espíritu y al cuerpo sosiego para el descanso.

Por sí mismo vístese la sotana que ha de servirle de mortaja, y su misma diestra, armada de tijera, corta el cuello, para dejar más desembarazado al verdugo el sitio por donde tiene de quitarle la vida. Al advertir que no campa sangrienta sobre el pecho la venerable cruz de Santiago, de cuya noble orden era comendador, pide que



EL CONDE-DUQUE DE OLIVARES

(Dibujo á pluma atribuido á Velázquez)

luego se la pongan, á lo que el confesor le responde que así ha de ir porque está mandado, más en lo que de él dependiera había de ser honrado hasta morir, y por ello pide la capa que trae por costumbre, en la que está bordada la apetecida enseña.

Sonando están pausadamente en un reloj vecino las nueve horas de la mañana, cuando entra en el aposento el alcalde de Corte D. Pedro de Mansilla, grande amigo de Su Excelencia, pues á él érale deudor de la vara.

Un grande rato hablan solos, como de hermano á hermano. En los ojos del marqués brilla una entereza melancólica, en los del usía asoman lágrimas; en la voz de D. Rodrigo hay blandura y humildad, en la de D. Pedro, lamentos y censuras, aunque también hay un elogio para el austero magistrado D. Diego del Corral, que ha sido el único miembro del Tribunal que se ha negado á poner su firma al pie de la sentencia...

Son las diez y tres cuartos cuando el padre Fray Gregorio de Pedrosa, entra diciendo con voz que vanamente quiere hacer entera:

—Ya dicen que nos llama Dios y que es hora de irle á buscar.

Alzase D. Rodrigo del escaño que ocupa, y dice mansamente, luego de haber besado la tierra:

—Pues que Dios nos llama, vayamos deprisa. Quitase la capa de caballero y un criado suyo acude á ponerle un capuz.

Y aquí es donde realmente sufre la primera congoja de su agonía; demúdate tanto al romper andar, que ya parece difunto y tiene necesidad de apoyarse en el hombro del agonizante para no venir al suelo:

—¡Padre mío—dice—muy flaco me siento de cuerpo y de alma!...

De entre las muchas y hermosas mulas que enriquecían sus vastas caballerizas, había una

por la que Su Excelencia tenía particular predilección; pues esta es la que ricamente enjaezada le espera para hacer jornada hasta el cadalso.

Luego de que por sí, sin ayuda de nadie cabalga sobre ella, acude el verdugo para atarle las piernas con un galón negro por bajo de la cincha.

—No me ates, amigo. ¿Piensas que me tengo de ir?—amonéstale el marqués.

Dícele el confesor que se sosiegue, pues es orden superior, y humildemente djase entrar...

Calle de Convalecientes arriba marcha el funebre cortejo, y aquel infelice tan odiado poco antes del pueblo todo, camina ahora entre un río de llanto. Pero el pueblo es coharde y no tiene alma para reparar aquella bárbara injusticia que se va á cometer en nombre del Rey.

Se ha dado orden de que no se pida limosna para los sufragios de su alma, como es costumbre con los reos ordinarios, y también se ha prevenido que las campanillas de las cofradías y el pregonero vayan muy delante, de suerte que D. Rodrigo no se dé cuenta.

En la puerta del monasterio de Santo Domingo, échase el primer pregón:

«Esta es la justicia y la sentencia que manda hacer el Rey Nuestro Señor á este hombre, por que mató á otro alevosamente y por la culpa que tuvo en la muerte de otro hombre, y otros delitos que del proceso resultan; por lo cual le manda degollar. Quien tal hizo, que tal pague.»

Siguen por los caños del Peral y pásanle por las casas de cada uno de sus jueces, que ya se ha mirado hacer bien el itinerario para que no falte una.

Así como se ve en la calle Mayor, rehusa entrar en la plaza por el callejón común de los reos, que es el que dicen de la *Amargura*. Por un momento cede la humildad cristiana al orgullo del caballero, y dice con voz entera:

—Yo no soy criminal ni traidor al Rey; soy un caballero que va á sacrificar su vida por la envidia de sus émulos.

¡Cuán honrado, sube los peldaños del suplicio!... Advierte que no está enlutado como á su alcurnia corresponde, y hace protesta dello. Así como César cuidóse de caer bien al morir, tiene empeño D. Rodrigo de hacer buena estampa en la hora suprema, y así como lo consigue torna á la humildad y cuidado de su alma. Su única mira humana es que le hinque el cuchillo por la garganta como á caballero, y no por detrás como á traidor (1). Véndale el verdugo los ojos con una cinta negra, mándanle los agonizantes rezar el credo, y á las primeras palabras el mae-se de la señora Themis, hún dele fieramente el acerado cuchillo en el cuello.

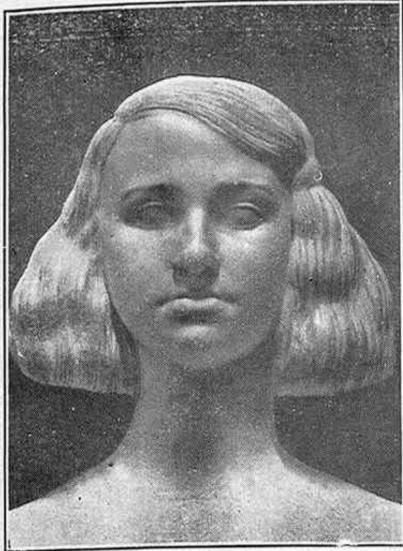
Ejemplar y cristiana muerte ha sido la del marqués de Siete Iglesias, D. Rodrigo Calderón. La espesura enorme de su barba gris, crecida de treinta y dos meses de encierro, que en todos ellos no se la quiso afeitar ni alinear, dejaba oculto aquel río de sangre, que al correr por las tablas del cadalso, parecía buscar su cauce en las conciencias romas del conde-duque de Olivares y el Rey Felipe IV, el Grande, á la manera de los pozos, que cuanto más tierra se les quita, son más profundos...

Diego SAN JOSÉ

(1) Por esta entereza de alma, dijo el vulgo el adagio de *Andar más honrado que D. Rodrigo en la horca*, aunque en esto errara, pues ya se ha visto cómo no fué pena de horca la que sufrió, sino de degüello.



EL MAGISTRADO DON DIEGO DEL CORRAL



"Retrato", por Borrell Nicolau

murmulo eglógico de un surtidor oculto en el jardín. Como hundida en profundos abismos la casa, como lanzada más allá de la vida ajena, en un alejamiento absoluto del mundo.

—¡Bello sitio para trabajar!—dije.
—¡Bello sitio para amar!—añadió el pintor Beltrán.

Borrell Nicolau no contestó. Sonreía á sus recuerdos. Decididamente este mozo tiene un alma pagana.

ooo

José Borrell Nicolau empezó á practicar los rudimentos técnicos de su arte con Enrique Clarasó. Nada hay en las obras contemporáneas del joven é ilustre pintor que recuerde las de su maestro; pero á Borrell Nicolau le tiembla de ternura la voz siempre que habla de Clarasó. Borrell Nicolau se ha formado á sí mismo. Ha pasado por todas las desorientaciones y rebeldías arbitrarias de la juventud. París le sedujo y le sigue seduciendo. En París presintió senderos futuros aun en medio de las absurdas desorientaciones que le cercaban. Amigo de Picasso, frecuentaba los medios cubis-

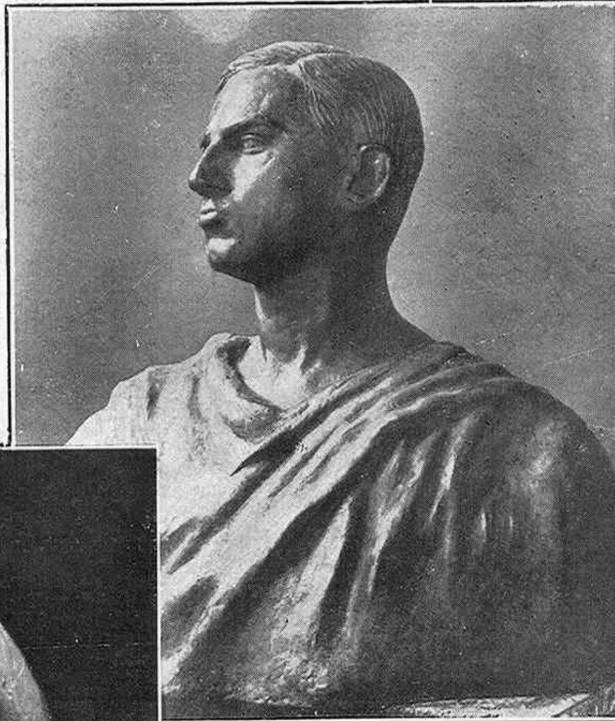
tas; pero le bastaba cerrar los ojos para cobrar fortaleza de humana belleza con visiones de helénicas teorías...

Hasta 1912 llevó una vida silenciosa. Su nombre todavía no despertaba ecos de admiración. Trabajaba seguro del triunfo. Y sin prisas.

Alguna medalla en las exposiciones regionales, aislados encargos, no muy bien retribuidos, elogios en las revistas juveniles y efímeras...

Entonces Borrell Nicolau perseguía unas equivocadas reminiscencias orientalistas, falseaba á sabiendas las líneas buscando resultados que, al parecerle negativos, le desanimaban, tumbándole largas horas en los muelles divanes sin respaldo de su estudio. Y, sin embargo, las esculturas de esa época, aún contempladas hoy, que Borrell Nicolau encontró su verdadero camino, causan una inquietante sensación de armonía. Seducen el ánimo con su belleza rara de otro tiempo. Su cánón estético no es de los artistas de Occidente ni del arte moderno, á pesar de la complejidad de éste. No importa. Son obras dignas de ser admiradas. Y significan, sobre todo, el prólogo de una gran obra cuya primera parte ya ha comenzado.

El año 1912, en el concurso para premiar el mejor monumento á Jacinto Verdaguer, triunfó



"Retrato" (bronce)



"La cortesana"

José Borrell Nicolau sobre una pléyade de escultores ilustres. Súbitamente, su nombre se hizo popular en Cataluña. No se olvide. Mosen Cinto es uno de los nombres representativos de la raza. Interpretar su figura y las ideologías admirables de su alma, equivale á interpretar Cataluña.

Y he aquí el éxito de Borrell Nicolau, que al triunfar en el Concurso triunfaba también de sí mismo. Tenfan ya una significación las voces que se agitaban imprecisas, inarmónicas todavía, en su interior.

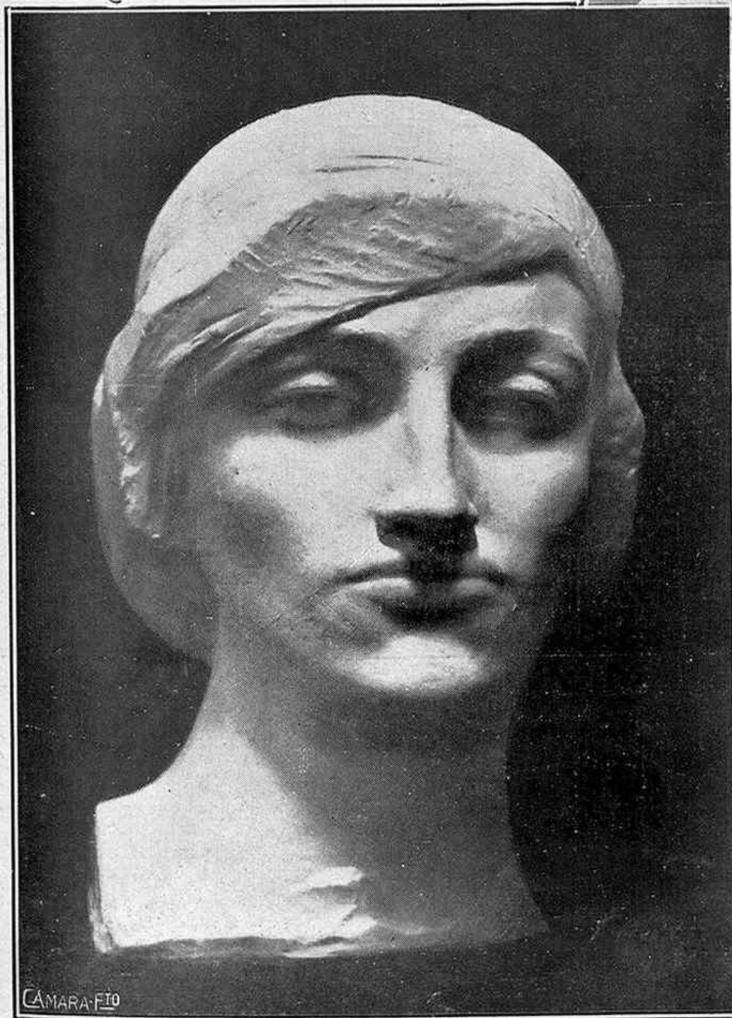
El amor á su patria le salvaba. En los libros de Verdaguer halló la solución de sus inquietudes estéticas. Por eso el arte de Borrell Nicolau es ahora sereno, tranquilo, impregnado de una dulzura viril y lánguida al mismo tiempo. Esta figura de la Poesía mística bastaría para consagrar definitivamente, sin ulteriores rectificaciones, á un artista. Pero aún hay más. Están la Poesía popular, la Poesía épica y la estatua del sacerdote poeta, que son de lo más puro, de lo más emocionante y sugeridor que

conozco en toda la moderna escultura española.

Y no obstante al lado de ese arte reposado, majestuoso, ungido todo él del sentimiento de amor á su raza y á sus tradiciones, que triunfa en los jóvenes artistas catalanes por encima de las ultramodernidades francesas, Borrell Nicolau juega también á modelar figurillas gráciles, encantadoras, de una aparente frivolidad y de una gentilísima belleza, que recuerdan estrofas sueltas de un gran poema ó versos perfectos, aislados de la perfección, de un soneto.

Y es que así es el joven maestro. Firme, sólidamente afianzado en la tierra madre, bañado en augustas y serenas claridades de paz y de campesina salud, rompe á veces, como el Leonardo benaventino, su ideal en muchos pedazos que son otros tantos ideales pequeñitos...

Figurillas, ideales pequeñitos que acaso sean más que jugueteos de artista, chispas de una gran hoguera que encierra todo número portentoso, y que como esos formidables incendios que después de abrasar todo un castillo, no logrando ya alcanzar el poder de sus brazos de fuego las alturas del firmamento, estallan en miríadas de rojas estrellitas que pueden ser gérmenes de otra emoción grandiosa... gérmenes de grandes ideales. Figurillas, chispas, que son entretenimientos de gigante que ni aun en momentos de holganza sabe reposar.—SILVIO LAGO



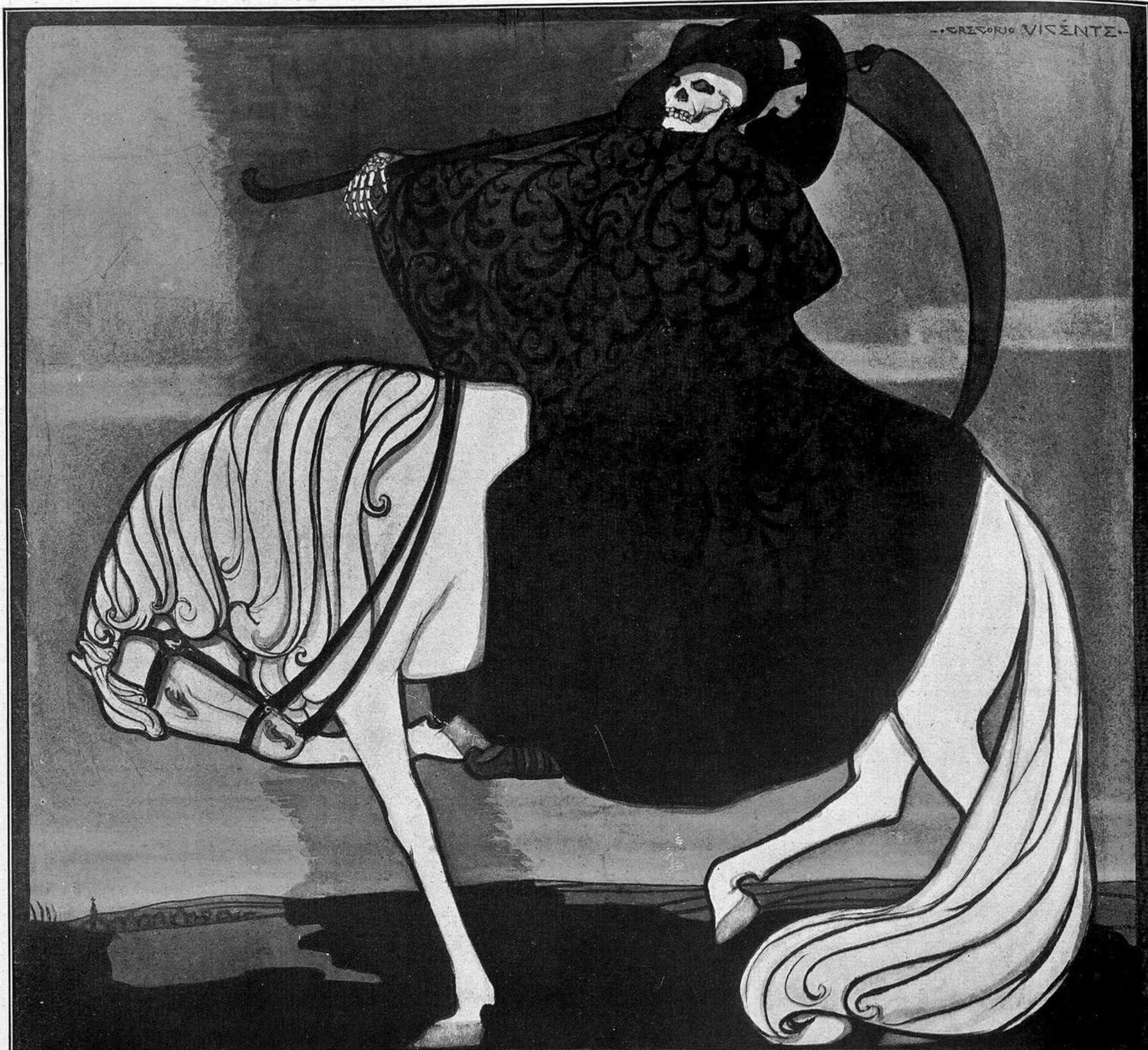
"Testa Imperium"

Escultura del joven y notable artista catalán José Borrell Nicolau



"La esfinge", escultura de Borrell Nicolau

LA ESFERA
PÁGINAS POÉTICAS



El caballero va de ronda

Noche de junio.
Noche fragante de novilunio.
Silencio, sombra. Como un doncel,
el caballero de la guadaña se va de ronda.
Entre la fronda
se apaga el ruido de las pisadas de su corcel.
Luce un chambergó—pluma flotante
y haldá caída sobre la frente—
y una enlutada capa ondulante
y un gesto altivo é impertinente
de comediant.
Va recordando sobre el caballo la última hazaña.
Va silencioso,
al hombro el palo de la guadaña,
cruzando el vasto campo en reposo.
Y, á su presencia fría y callada,
fajo la noche del novilunio,
cruza el silencio de la llanada
la negra sombra del infortunio.
Aullan los perros en los pobla los,
doblan los bronces de las iglesias, y, ya lejanas,
entre las jibas verde esmeralda de los collados,

repite el eco las roncás voces de las campanas,
de las campanas que en la alta noche su pleitesía
trágica dan.
Y como un rezo, llenando toda la lejanía,
ruedan sus voces: ¡Dín, dón, dín, dán!

Bajo el joyante pabellón grana
que acoge el lecho entre sus pliegues de abiertas rosas,
sueña Roxana
bellas historias maravillosas.
Bellas historias d'nde hay donceles enamorados
que fían el triunfo de sus empresas á la fortuna,
y hay callejuelas con hornacinas y enmascarados
y serenatas de rubios pajes bajo la luna...
Sueña Roxana,
con que al abrirse la blanca rosa de la mañana,
llegue de Oriente,
sobre el ligero, limpio y piafante caballo moro,
un caballero, como una estrella resplandeciente,
bajo su manto real tejido de raras piedras y flores de oro,
para postrarse noble y rendido ante las plantas de la don-
Sueña Roxana [cella...

que desde el ciclo bajó una estrella
para besarla como á una her nana...
La niña duerme tan suavemente
bajo las alas de la ilusión,
que se diría que era su cuerpo de adolescente
igual que el blanco marmol yacente
de un panteón.

El caballero de la guadaña detuvo el paso del potro obero
bajo la noche tibia y fragante del novilunio.
Miró á la niña, y el caballero
siguió su ruta por el camino del infortunio.
Y es que la hermosa, entre la albura del lecho, era
como una reina de primavera,
como una reina de un mal de amores convaleciente...
Llegó la Muerte junto á su puerta
y ella dormía tan dulcemente
¡que hasta la muerte la creyó muerta!

F. MARTÍNEZ-CORBALÁN

DIBUJO DE GREGORIO VICENTE

ESPAÑA ARTÍSTICA Y MONUMENTAL
EL PILAR DE ZARAGOZA



Vista general del Ebro y de la Vega Alta, desde una de las torres de la Catedral del Pilar

F. J. CEPERO

GOZA la antigua Cesaraugusta, cuna de tantos héroes y de tantos hombres de esclarecida inteligencia, del privilegio de dos Catedrales. Es la una la iglesia de la Seo, verdadero tesoro de diversos estilos arquitectónicos, que a lo largo de los siglos, fuéronla embelleciendo y enriqueciendo con singular cariño.

Es la otra el templo donde se venera la imagen de la Virgen del Pilar y en la que a toda hora y en todo tiempo hállanse centenares de devotos que acuden de toda España y de las Repúblicas hispanoamericanas atraídos por la fe ó por la curiosidad.

Ya mucho antes de que el tren se detenga en la estación, antes incluso de que los agudos y desgarrados pitidos de la locomotora anuncien á Zaragoza, vemos surgir de entre las rientes lozanías de los huertos aragoneses y con el espléndido y austero fondo de la serranía del Moncayo las infinitas torres y torrecillas del Pilar junto á la esbeltísima de la Seo.

Luego, ya en la ciudad que visitamos por primera vez, no nos intrigan tanto sus calles modernas, amplias, enriquecidas por magníficos edificios y comercios, ni sus paseos, ni sus teatros, ni el animado aspecto de los soportales del Paseo de la Independencia, ni el barrio aristocrático de Torrero, alegrado por modernos hoteles y elegantes villas de recreo, ni nos acucia el deseo de internarnos en las calles de los barrios antiguos, sombrías, estrechas y palpi-

tantes de recuerdos heroicos. Es la ansiedad de visitar el Pilar, de encontrarnos bajo la misma cúpula que cubre la gloriosa imagen.

Así como sus torrecillas empujadas — pero siempre airoso — por la distancia, nos prometen, camino de Zaragoza, el hermoso templo, las joyerías de la calle de Alfonso nos prometen á la imagen. Es una valiosa profusión de vírgenes del Pilar en toda clase de metales y de objetos. Desde las imágenes de oro envejecido con piedras preciosas que miden un metro, hasta las diminutas medallitas de aluminio. Luego los candidos é ingenuos presentes que dicen: «Recuerdo de El Pilar de Zaragoza» y reproducen toscamente el templo reflejado en las aguas tranquilas del Ebro, ó graban la imagen de la Virgen en alfileres de corbata, gemelos de camisa, plegaderas, portaplumas, finteros, registros de libros piadosos, cigarreras, boquillas, sortijas, camándulas y hasta en relojes y frívolas bomboneras...

Otro, simbólico comentario se nos ocurre al ver la situación del templo del Pilar. Llegase á él como decimos, por la calle Alfonso, una de las más ricas de Zaragoza y que, en los vésperos invernales, presenta el animado aspecto de nuestra Carrera de San Jerónimo. A ella acuden todas las damas y damitas de Zaragoza, engalanadas con sus mejores trajes, á esperar la hora de llenar el cinematógrafo de moda...

Al otro lado el Pilar se alza á orillas del Ebro. Pasan junto á sus muros huertanos, carreros,

traginantes y las mozas garridas del arrabal. Más allá del río, las tranquilas y espesas umbrías que en las tardes dominicales, son honesto regocijo del pueblo. Nada tan opuesto á los yentes y vinientes de la calle Alfonso como los que van y vienen por esta margen del Ebro. Queda, por tanto, el templo entre los dos elementos que constituyen su población: el popular y el de las clases acomodadas. Pero ambos sienten la misma entusiasta veneración por la Virgen y no es raro encontrar arrodillada con la misma humildad y cándida fe, á la moza ribereña del Ebro ó á la campesina que vino á implorar ayuda y misericordia desde un pueblecillo cercano, junto á la aristocrática dama que dejara el automóvil á la puerta.

Dentro del templo, todo causa al visitante la impresión de fe, de ardoroso entusiasmo místico que sentimos, por ejemplo, en Lourdes, en Covadonga, en Monserrat. Incluso diremos que aún parece mayor. Cuelgan de los muros incontables banderas que hablan de peregrinaciones sudamericanas, cuadros ingenuamente ofrecidos y pintados en agradecimiento á milagrosas peticiones concedidas. Las velas incesantemente renovadas, apenas encendidas sobre los candeleros de la barandilla de plata que separa el altar de la Virgen del público arrodillado; el constante caer de monedas y billetes á través de los argenteos barros; la huella cóncava que dejaron, dejan y dejarán tantas generaciones de fieles en la



Nave central



Exterior del coro y órgano

Dos detalles del famoso templo del Pilar

parte del pilar, cerrada por un marco ovalado que hay a la izquierda del trásaltar, en el sitio mismo donde, según la piadosa tradición, se le apareciera la Virgen al Apóstol Santiago.

El actual templo del Pilar está levantado en el mismo sitio donde estuvo el sencillo santuario de Santa María la Mayor, destinado a perpetuar el recuerdo de la aparición de la Virgen.

Muchas y terribles vicisitudes atravesó aquel templo, culto y pobre durante las persecuciones anticristianas del imperio; feliz y próspero bajo la fructífera paz de Constantino; perseguido, pero no aniquilado durante el largo período sarraceno, cuando, encerrado el pan eucarístico en un paupérrimo sagrario de puertas ornadas con grotescas imágenes y estrellitas de hojuela, había de defenderse contra los ataques de la infidelidad...

A fines del siglo XIII, gracias al empeño constante y decidido de cuatro obispos, que excitaban el celo de los fieles zaragozanos y el entusiasmo de los numerosos peregrinos que a venerar la imagen acudían, pudo resaurarse y ampliar-

se la capilla y transformarla en templo de una sola nave, que duró hasta fines del siglo XVII con sus sesenta y siete lámparas de plata encendidas constantemente ante el altar de la Virgen, con su coro monumental y su retablo, obra de Forment que constituyen dos de las más preciadas riquezas de la iglesia actual.

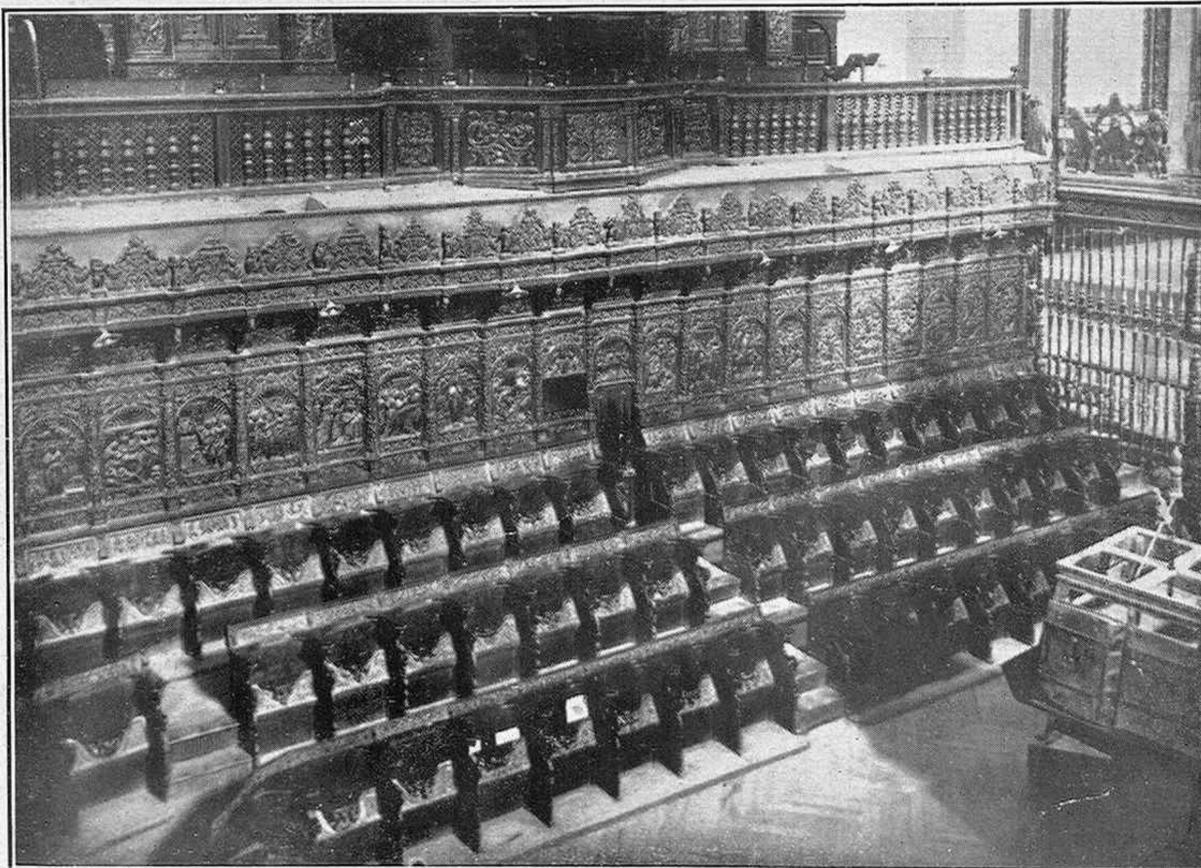
Púsose la primera piedra de ésta el año 1861.

Francisco de Herrera, pintor de la corte, que había heredado el apellido ilustre pero no el arte del admirable Juan, fué el encargado de planear y dirigir la construcción del nuevo templo.

Muestra bien clara y con lo poco airoso de su traza es del barroquismo entonces triunfante. El exterior del edificio, demasiado prolongado y desnudo, muestra tres cuerpos solamente de las

cuatro torres que concibió Herrera para flanquear sus ángulos y que no llegaron a construirse.

Setenta años después, en 1753, hizo el célebre arquitecto D. Ventura Rodríguez no pocas reformas, aun luchando siempre con los defectos iniciales de la primitiva disposición de la fábrica. A Ventura Rodríguez que la concibiera y dirigió y al obispo Añoa que costeara en gran parte los gastos, se debe la capilla especial de la Virgen. De estilo neoclásico en el que predominan las proporciones y detalles del orden corintio, fórmala un templete abierto por tres lados, sostenido por bellas columnas de jaspe y formado por dos óvalos desiguales cruzados. Del ancho friso y del triangular frontón arranca la cúpula escul-



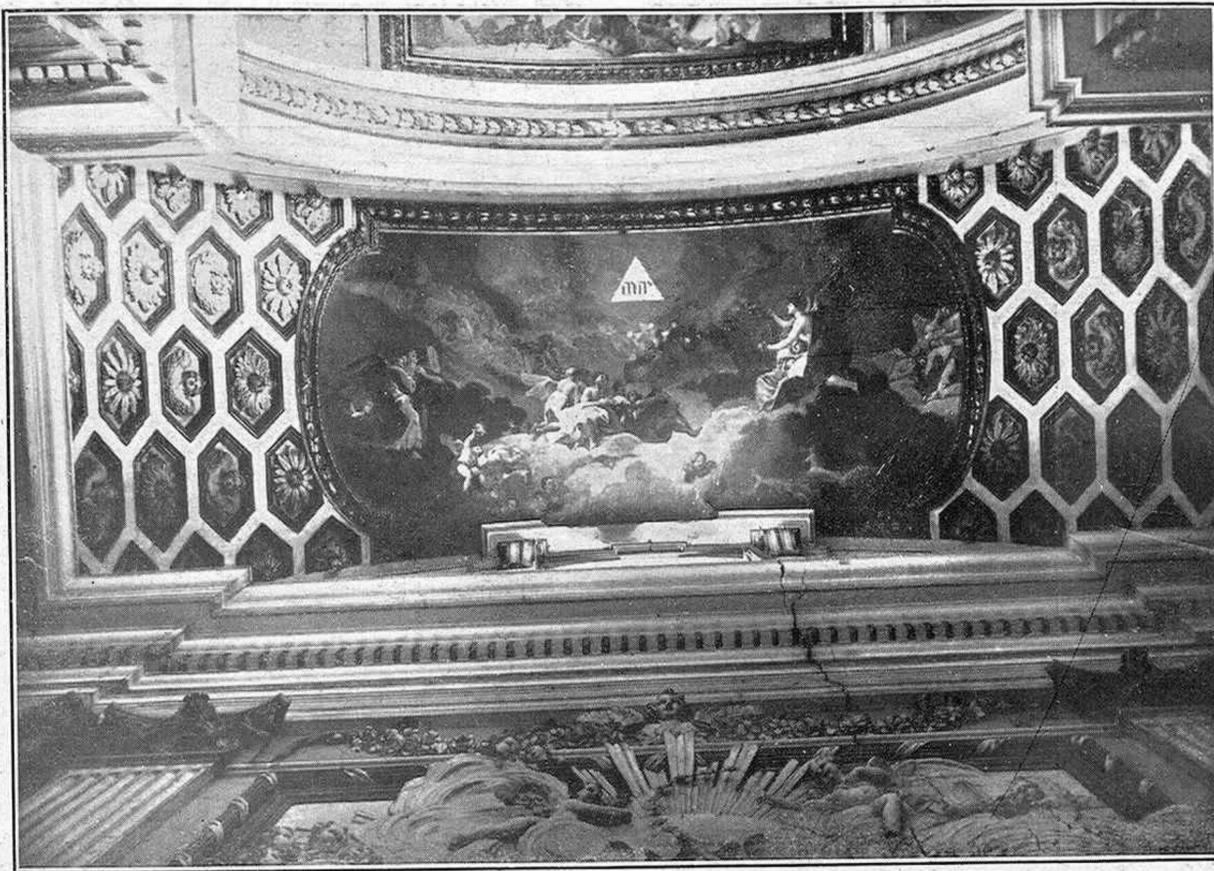
Interior del coro

pidá con escamas y ceñida de doradas fajas.

Tres altares comprende la capilla. El del centro es un relieve de la aparición de la Virgen al Apóstol Santiago; el de la derecha representa á los siete convertidos y discípulos del Apóstol, y en el de la izquierda, bajo riquísimo dosel de plata y sobre fondo negro, sembrado de brillantes, está la imagen de la Virgen, de madera dorada y que sólo tiene 38 centímetros de altura, pero que está sostenida por una columna de jaspe de dos metros de altura y 24 centímetros de diámetro, de forma perfectamente cilíndrica, sin capitel ni base.

Los relieves de la capilla son obra de León, Ponzano, Alvarez y Juan de León. En el cimborrio del tabernáculo hay una notabilísima pintura de Antonio Velázquez representando la aparición de la Virgen y los otros cuatro de las sendas extremidades son de los hermanos Bayeu. Por último, en el trasaltar hay un magnífico relieve de mármol, original de Carlos Salas, representando la Anunciación y en la bóveda del pequeño coro frontero á la capilla, se conserva un fresco admirable de Goya.

Hablamos antes de las dos riquezas artísticas



Fresco de Francisco Goya, la más importante obra pictórica de la Catedral del Pilar

más notables del templo del Pilar y que formaron parte de la antigua capilla de Santa María la Mayor: el retablo de Forment y la sillería del coro. Fué el retablo comenzado en 1509 y terminado en 1515, le costeó la munificencia del cabildo y de personas reales, junto con la piadosa suscripción popular de 18.000 ducados.

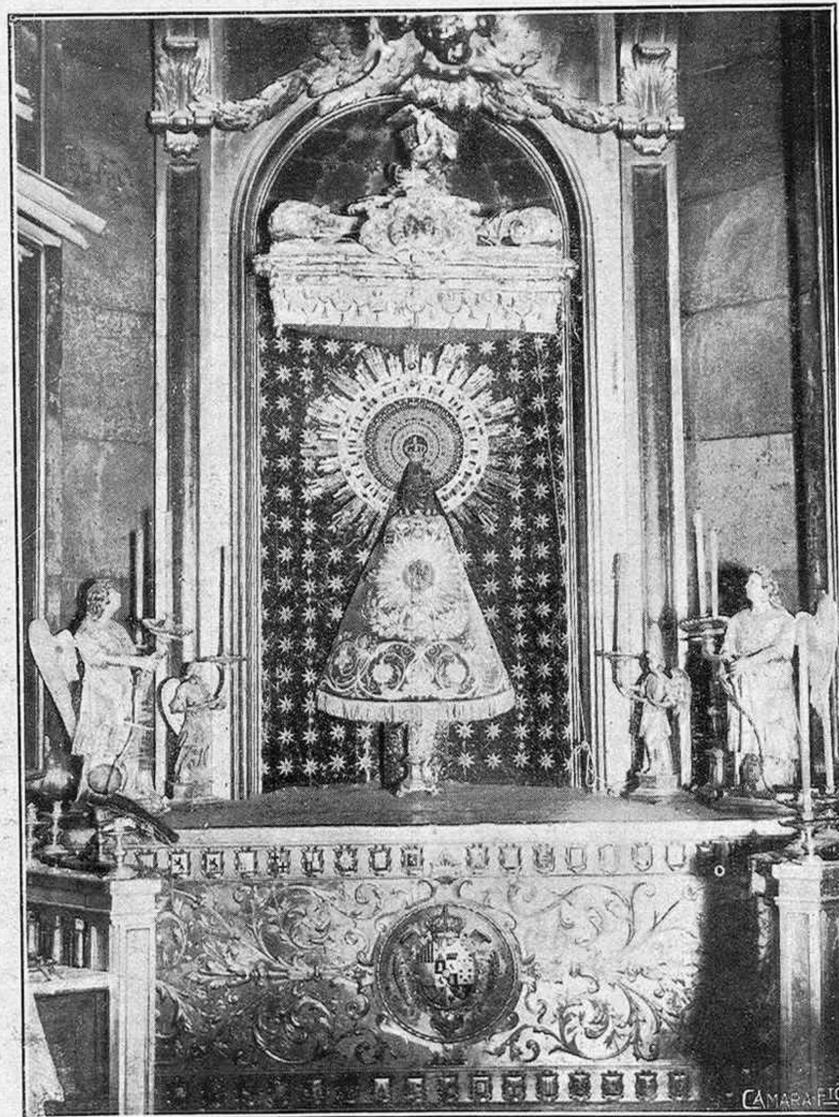
Portentoso era el cincel de Damián Forment, aquel artista valenciano que dejó, durante el si-

la reja de bronce que encierra el coro es obra de Juan Tomás Celmo y de Guillermo Salvá el basamento de mármoles.

No cabe en este artículo extendernos en otros datos y detalles. Fué sólo nuestro propósito rendir tributo á la actualidad que en Octubre está glorificada por la devoción patria en torno de la Virgen del Pilar.—Luis F. HEREDIA



Altar mayor del Pilar



Capilla é imagen de la Virgen

FLOR DE LA GITANERÍA

Gitana, reina gitana,
 flor de la gitanería:
 la de los ojos de abismo
 y las rizadas patillas
 flotantes las negras crenchas
 como un haz de negras víboras.
 Gitana auribronceada,
 de las morunas pupilas,
 que me tienes prisionero
 con artes de hechicería.
 Bien quisiera ser gitano
 y entonces tú me amarías
 y en la misma copa, en una
 comunión de brujería,
 ¡con qué sed nos beberíamos
 juntas tu sangre y la mía!
 Dicen que ese vino ardiente
 los amores eterniza,
 que más que la vida dura
 lo que con sangre se firma.
 ¡Tú me querrías entonces,
 flor de la gitanería!

ooo

¡Quién fuera, reina gitana,
 el Rey de la Serranía,
 para robarte una noche
 de tu tierra granadina!
 En la grupa de mi potro
 la sierra recorrerías,
 serías la capitana
 gitana de mi cuadrilla.
 Y en el picacho más alto
 nuestro amor se ocultaría,
 en Sierra Morena, donde
 las águilas solo anidan.
 Nuestras lámparas nupciales
 los ígneos soles serían;
 a nuestros pies, muy lejana
 y muy pequeña, la vida.
 ¡Con qué lenguaje de fiebre
 de mi pasión te hablaría,
 sería cada palabra
 como una rosa encendida!
 ¡Te quemaría de amor,
 flor de la gitanería!

ooo

Dime la buena ventura,
por tus muertos, gitanilla,
 sibila que vas errante,
 yo quiero que me la digas.
 En las rayas de la mano
 no busques la suerte mía,
 en tus ojos burladores
 mi mala estrella está escrita
 Gitana de boca fresca
 y alegre de seguidilla;
 gitana de ojos dramáticos
 de carcelera fúrdica.
 ¡Como sangran los claveles
 de tu roja clavellina,
 manchan de sangre las hebras
 de tu melena corvina!
 Claveles y soleares
 te acompañan, adivina;
 tus cantares y tus ojos
 envenenaron mi vida.
 Dime la buena ventura,
 flor de la gitanería.

ooo

Gitana ardiente y fanática
 de ojos negros de sibila
 radiante y triste, lo mismo
 que el alma de Andalucía.
 ¿Qué misterio hay en el fondo
 de abismo de tus pupilas?
 Tus ojos de petenera
 queman tu carne ambarina.
 ¿Qué lumbre oculta te tiene
 siempre la carne encendida
 que cuando besa tu boca
 es como una llama viva?
 Sé que hay mujeres sirenas
 de una belleza maldita,
 para tormento de amor
 el Infierno las envía.
 Tu belleza ardiente y trágica
 el alma me fanatiza,
 por la gloria de tus besos
 poco es ofrendar la vida;
 ¡quema mi carne en tu hoguera.
 flor de la gitanería!

EMILIO CARRÉRE

DIBUJO DE G. GALLARDO



EMILIO CARRÉRE

LA ESFERA

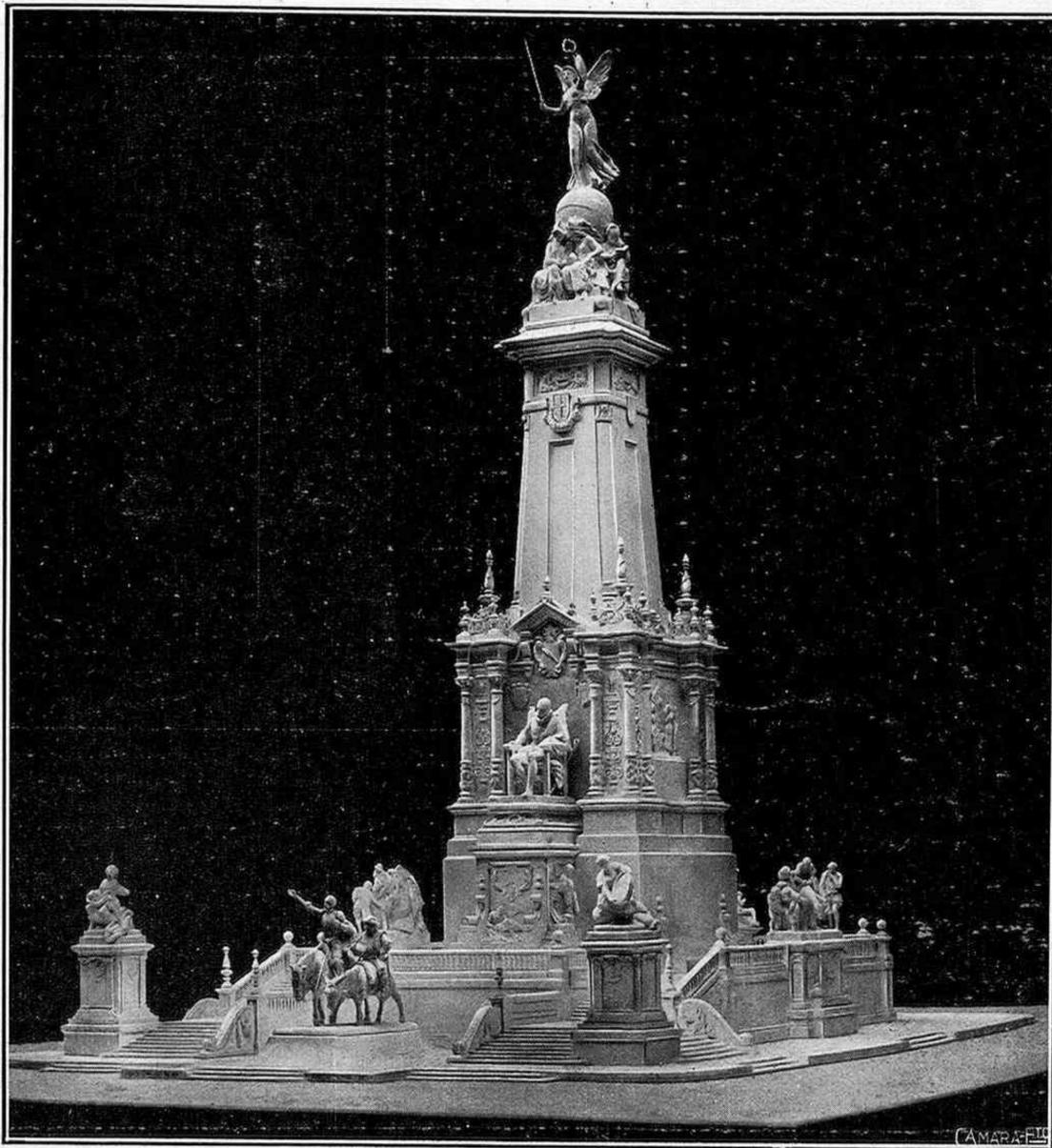
Digno también de la reputación de Coullaut-Valera, autor de tantos monumentos notables, este proyecto tiene el propósito de comentar la obra de Cervantes y momentos de su vida, tan ligados á la historia española como la batalla de Lepanto y el cautiverio en Argel. Además fija en el estilo plateresco de su arquitectura el recuerdo del arte de la época en que fuera escrito *Don Quijote de la Mancha*.

En relieves y grupos aislados representanse diversos momentos de las novelas ejemplares, y como remate del monumento, vuela una victoria con las alas desplegadas y una corona de laurel en la mano.

Por último, el tercer proyecto, obra de Hernández Briz y del escultor Angel Ferrant (hijo del ilustre director del *Museo de Arte Moderno*), es una obra pujante y vigorosa de juventud.

Concebida en un sentido moderno—pero no germánico como se ha dicho con cierta ligereza crítica—este monumento simboliza las armas y las letras.

Inspirándose en el famoso discurso del *Quijote*, habrá de ser esta obra un resumen de los dos senderos que siguiera Miguel de Cervantes Saavedra: la guerra y la literatura y símbolos también de aquella época en que los ejércitos españoles y los es-



Proyecto original del arquitecto Martínez Zapatero y del escultor Coullaut-Valera, premiado en segundo lugar

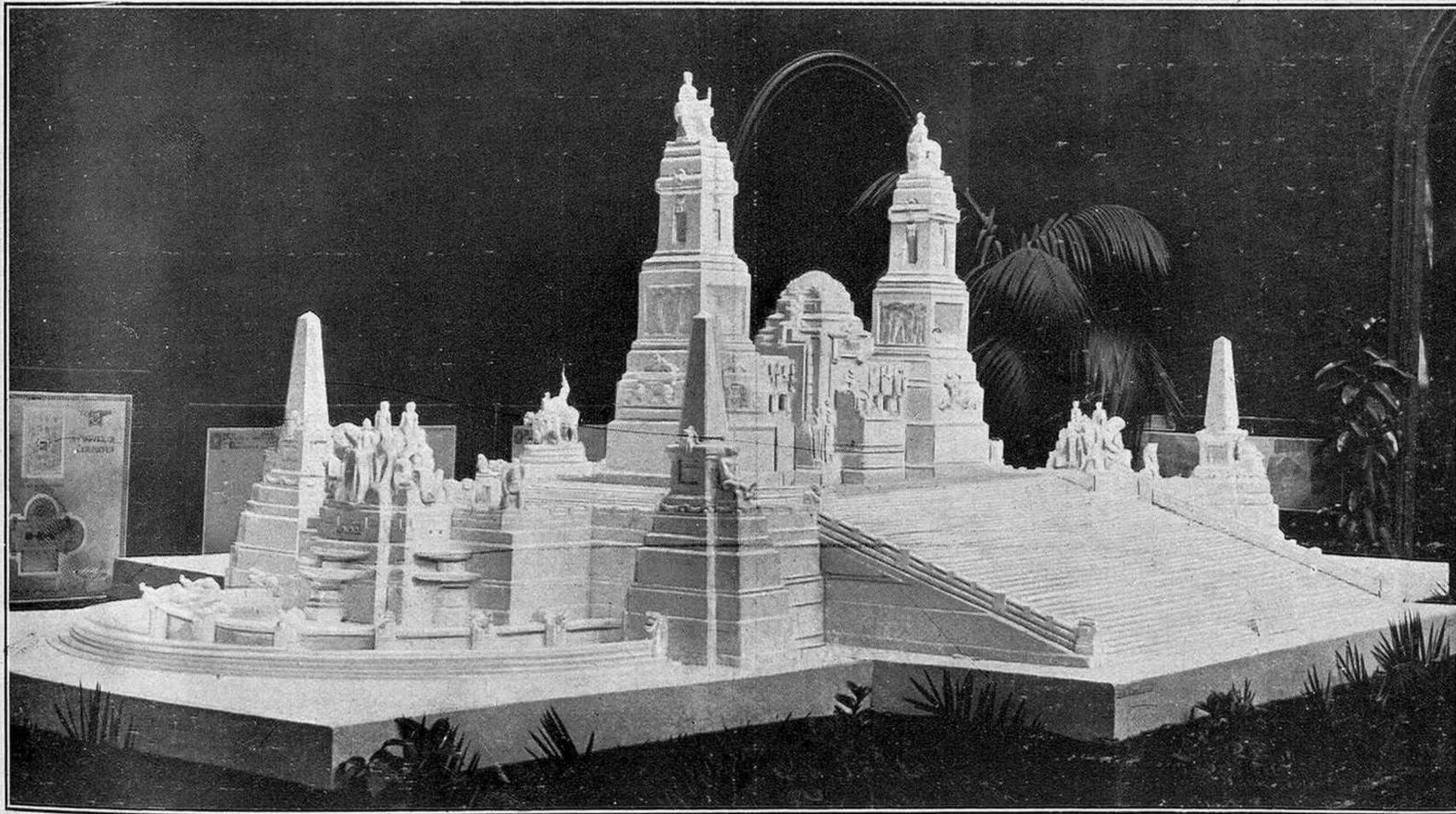
critores españoles impulsieron sus credos de fuerza y de belleza al mundo entero.

Temibles competidores de los Sres. Anasagasti, Inurria, Martínez Zapatero y Coullaut-Valera, son estos jóvenes artistas que con tales bríos y tales afirmativas seguridades técnicas comienzan.

No debemos pasar en silencio otras obras y otros autores que aun no mereciendo la sanción favorable del Jurado—antes por la limitación del presupuesto concedido que por sus méritos indiscutibles—se han destacado notablemente.

En primer lugar, el grupo romántico y simpático de los escultores Julio Antonio, Capuz Huerta y Salazar, los pintores Romero de Torres, Miguel Nieto, Arteta y Zaragoza, los arquitectos Flores y Balbuena y los dibujantes Penagos y Moya del Pino. El resultado de la obra no respondía totalmente á su concepción. Había aciertos notabilísimos como el grupo central de Capuz y el friso de Julio Antonio.

También eran dignos de consideración los anteproyectos de Borrell Nicolau, el joven escultor catalán de quien se habla en otro lugar de este número, y los firmados por los hermanos Oslé, Castaño, Gargallo, Ridaux, Costa Recio y García González.—S. L.



Proyecto original del arquitecto Hernández Briz y del escultor Angel Ferrant, que ha obtenido el tercer premio FOTS. CAMPÚA

La Gran Peletería "CASA RUIZ", calle de Postas, 2



Escalera que pone en comunicación la tienda con el piso entresuelo, de la Gran Peletería "Casa Ruiz" FOTS. SALAZAR



Gran salón de exposiciones de la Gran Peletería "Casa Ruiz", calle de Postas, 2, instalado en el piso entresuelo, que acaba de inaugurarse

La gran Peletería «Casa Ruiz», tan lujosa como artísticamente instalada en la calle de Postas, 2, acaba de inaugurar en la rotonda del piso entresuelo, que ha adquirido para ampliar su floreciente industria, una espléndida exposición que justamente está llamando la atención del mundo elegante.

Increíble parece que el Sr. Ruiz haya podido vencer las grandes dificultades que opone la guerra al desarrollo comercial y haya conseguido reunir un surtido tan grande y valioso de las más ricas pieles de chinchilla, armiño, nutria, astrakan, maría, skunghs, renard blanco, alaska, cendré, argente y cuanto de más raro ha impuesto la moda, que con el más exquisito gusto ofrece en su espléndida exposición en lujosas y elegantes confecciones.

Se explica por este inteligentísimo esfuerzo el auge de la «Casa Ruiz» y la preferencia con que la distinguen las damas del gran mundo que constituyen su clientela.

TAPAS

para la encuadernación de

“La Esfera”

confeccionadas con gran

lujo



PRIMER TOMO PARA EL AÑO DE 1915

A 4 pesetas el juego de tapas para un semestre



SE VENDEN EN LA ADMINISTRACIÓN DE **Prensa Gráfica (S. A.)**

-- HERMOSILLA, 57 -- MADRID --

Para envíos á provincias añádanse 0,40 de correo y certificado

Lea Ud. todos los meses
la interesantísima revista

Por Esos Mundos

Arte ≈ Ciencias ≈ Literatura ≈ Historia ≈ Teatro
Modas ≈ Deportes ≈ Poesía ≈ Viajes ≈ Novelas
Actualidad ≈ Encuestas ≈ Curiosidades ≈ Concursos

PRECIO: UNA PESETA EN TODA ESPAÑA

SE VENDEN los clichés usados en esta Revista.
--: Dirigirse á Hermosilla, 57 --:

IMPORTANTE

La Dirección de este periódico advierte que no se devuelven los originales ni se sostiene correspondencia acerca de ellos, sin excepción alguna. Al mismo tiempo, hace saber á los colaboradores espontáneos que no se publicarán otros trabajos, tanto literarios como

--: --: --: artísticos, que los solicitados --: --: --: